



SS

**SERVICIO
SECRETO**

VIC PETERSON

BAR AVENTURA

BAR AVENTURA

VIC PETERSON

BAR AVENTURA

1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

168. — El caso de las mellizas 170. — Una bala para cinco, 172. — Espectros en la bolera. 176. — Aprendices de detective. — 178. — El caso del Landrú californiano. 184. — La muerte borra las huellas. 298. — El caso del verdugo chino. 210. — El heraldo de la muerte. 224. — El suicida asesinado. 229. — Planetas sangrientos. 233. — Profesión: fugitivo. 247. — El «gang» de los luchadores.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco de la madrugada, la única cafetería abierta en Bolton Avenue, era la cantina de los taxistas.

Kit Doyle no recordaba exactamente dónde había dejado su «Lincoln». Posiblemente delante de alguno de los clubs nocturnos que había visitado. Y luego, al salir, se había olvidado del «Lincoln».

Rio, enlazado a la farola. Estaba pensando en la cara que pondría al día siguiente el garajista, cuando le dijese que no solo no podía pagarle el alquiler, sino que además le había perdido la pista al «Lincoln».

—Un café doble sin azúcar, eso es lo que nos conviene —afirmó, solemnemente—. Despejar la niebla, Kit. Hasta la coronilla de niebla.

Se palpó el sombrero impermeable, y soltando la farola, avanzó por entre la bruma que olía a carbón, hollín y grasas. Tan pronto tuviera un par de miles, abandonaría Cleveland.

—La sexta ciudad de los Estados —refunfuñó asqueado—. La sombría dominación del maquinismo. Panoramas de hierro, elevadoras, grúas, docks... Un asco, Kit. Iremos hacia el sol tan pronto tengamos un par de miles.

Empujó en el espacio luminoso de unos cristales, y sonrió satisfecho. Había acertado con la puerta giratoria de la única cafetería abierta a aquellas horas.

Miró interrogante al camarero que a su vez le contemplaba

interrogante. Y Kit Doyle pidió con decisión:

—Un doble «Bourbon».

Mientras lo apuraba, se juró que aquella iba a ser su última noche sin brújula. Necesitaba luchar contra sí mismo, imponerse una disciplina, buscar algo en que entusiasmarse.

Que no fuera el *whisky*, las mujeres y pelear. Porque esos entusiasmos, hasta entonces le habían solo producido quebraderos de cabeza, vaciedad en el alma y en los bolsillos.

Le quedaba lo suficiente para pagar el doble de *whisky*, cuyo resto miró al trasluz. El color ambarino, le recordó algo reciente...

Una espléndida cabellera de ámbar. ¿Ámbar? Sí. Aquella espléndida criatura que no recordaba cómo se llamaba, y que había encontrado no sabía dónde, le habló mucho de un objeto de ámbar...

Se pasó la mano por la frente, las cejas la nariz, la boca, con lentitud.

—¿Un buen café, señor Doyle? —solicitó el camarero, a la vez que empujaba hacia Kit Doyle, la taza que despedía un grato olorcillo.

Kit Doyle dejó de darse masaje y comentó:

—Te lo pedí sin azúcar, Jim.

—Sin azúcar, señor Doyle.

—Eso es, Jim. Y doble te dije, ¿verdad?

Fue bebiendo a sorbos golosos, y mirando en derredor. Cuando hubo terminado dijo, confidencialmente:

—Estamos solos, Jim. En la sexta ciudad de los Estados, tú y yo solos. Somos americanos tú y yo. Pero, ¿y el resto, qué? Esta noche fui al «Teatro de las Naciones». Les tocaba a los húngaros¹. Eso que llaman «czardas». Venga rascar violines, pegar chillidos y brincos... Salí mareado, Jim. Bueno, apúntame el gasto. Y si por casualidad te encuentras con mi coche, dile que venga a casita. Allá me voy. La ciudad duerme.

Kit Doyle salió a la acera, y levantando las solapas de su canadiense, dijo convencido:

—Has de emigrar, Cristopher. Irte a una comarca con sol. Italia, donde la gente canta, come pastas y no da golpe. Allí, un tipo como tú, que... Bueno, ¿y tú en definitiva qué quieres? ¿Qué le pides a la vida? Eso es lo malo, ¡Si al menos yo supiera lo que quiero! Mañana pensaré en este grave problema, quid de la raza humana. Ahora la ciudad duerme.

Miró con fijeza la farola a la que se había abrazado. Una farola que le estaba diciendo paternalmente:

—La ciudad duerme y a usted le sentaría bien hacer lo mismo, Kit.

Kit Doyle reconoció al guardia Ferenz, un patrullero nocturno, poseedor de una nariz enorme y de un apellido complicadísimo.

—La culpa la tiene la maldita niebla esa, Ferenz. Creo que estoy algo bebido —admitió gravemente Doyle—. Y, por lo tanto, me sentará bien irme a dormir. Mañana será otro día. Buenas noches.

Y abandonando el halo de luz de la farola, Kit Doyle procuró caminar lo más rectamente posible. No tenía pérdida, meditó. Siguiendo recto hasta la esquina, que tanteó para asegurarse mejor, penetraba en Bolton Square North, y en la tercera puerta estaba su domicilio.

Una planta baja cuyo alquiler vencía a fin de semana. La vida era un asco, siguió meditando. Pagar alquileres, facturas, coche... y sobre todo no tener una meta.

Al menos, los resignados como Jim el *barman*, Ferenz el patrullero, luchaban a diario con una finalidad: mantener un hogar, compañera y críos. Tendría que probar algún día eso de ver crecer un crío, que según Ferenz y Jim, era un espectáculo glorioso. El único inconveniente estribaba en que era precisa la colaboración de una esposa.

Y por suerte o desgracia, según se mirase, las mujeres que le gustaban eran aquellas que no inspiraban deseos de casarse. Como, por ejemplo, aquella espléndida criatura, que le empezó a hablar de un fetiche de ámbar.

Tardó cerca de un minuto en localizar la diminuta rendija, que se empeñaba en no coincidir con la llavecita plana.

Por fin consiguió abrir, y al atravesar el recibidor, tuvo la repentina certeza de que las goteras eran las responsables de que un trozo del techo se le cayera sobre el cráneo, aplastándole el sombrero impermeable. Se encontró de rodillas, manos en el suelo, como un boxeador *groggy*. Y una voz que no tenía nada de paternal, conminaba:

—En pie y nada de falsas maniobras, o será tu última jugarreta.

Kit Doyle sacudió la cabeza en dócil afirmativa, y después, negando para así acabar de disipar las telas de araña que tenía ante las pupilas.

Vio dos piernas al alcance de sus manos. Las asió por los tobillos, estirando con fuerza.

El agresor desconocido osciló hacia atrás y su revólver chocó con el suelo, antes que sus propias espaldas.

Cuando Doyle estaba en pie, el otro también.

Kit Doyle vio llegar el puño derecho, que bloqueó con dos manos abiertas, para, en el mismo instante, coger el antebrazo adversario, girar sobre sí mismo, y doblando la cintura, inclinarse.

El otro aterrizó sobre el pecho, en grotesca postura. Recordando sus tiempos de medio centro de *rugby*, Doyle asestó el puntapié entre nuca y oreja.

El desconocido dejó de moverse, permaneciendo completamente quieto. Kit Doyle masculló indignado:

—Ni en su casa le dejan a uno tranquilo, hombre.

Se inclinó y, comprobando que no conocía de nada al que yacía sin sentido, pensó que aquella pequeña diversión, epilogando un exceso de *whisky*, lo había dejado muy fatigado.

No era el momento de pasar a interrogar al desconocido, sino dedicarse a dormir y despejarse del todo.

De un armario extrajo un par de cercos de acero con distensor y cerrojo. Y arrastrando por un tobillo al desvanecido, pasó al cuarto de baño, soltando el tobillo junto a la bañera.

Ajustó los dos aros en torno a las muñecas y al doble tubo de desagüe, y cerrando la puerta del cuarto de baño, se dirigió en línea recta hacia la cama.

Le dolía horrores la cabeza, pensó, mientras, entornados los párpados, trataba de luchar contra el sueño.

Necesitaba desvestirse un poco, y colocar el despertador de manera que a las once en punto, pegara su timbrado de aviso prolongado.

Fue su último esfuerzo y cuando dejó el despertador sobre la alfombra, cubierto con su aplastado sombrero, para no oír el tic-tac, cayó dormido como un fardo roncante.

CAPÍTULO II

A las once, el despertador vibró hasta quedar exhausto, momento que coincidió con la diestra de Doyle aplastando más el sombrero sobre la seta campanillera.

Sentado al borde de la cama, manipuló con el jarro de agua, la sal de frutas y un vaso. Bebió el efervescente tónico depurador, mirándose al espejo del armario.

El sombrero y su espeso cabello negro, habían conseguido reducir a una leve hinchazón cercana a la coronilla, el culatazo.

No había más huellas, salvo unas estrías rojizas en los ojos grises. Intacto el rostro de cuadradas mandíbulas, que, según decían sus ex novias, tenía propensión a ser mefistofélico.

Maquiavélico, decía su buen amigo el teniente Barry Wilcox.

Se dirigió al recibidor, encontrando en un rincón, cerca de la cerrada puerta, el revólver con el que había intentado asustarle su agresor, que debía ignorar que los Doyle, desde la cuna, poseían un cráneo a prueba de impactos.

Cogió el revólver por el cañón envuelto en un pañuelo, sin tocar la culata. Un «Colt 38», cuya matrícula estaba raspada a golpes de lima.

Guardó el «Colt» en el bolsillo de su canadiense, colgada de una silla.

Y en la cocina, dio vuelta al conmutador, saboreando poco después la doble dosis de café negrísimo.

Y, paladeándolo, intentaba aclarar dos puntos: ¿por qué el desconocido le había agredido y cómo había entrado? Lo mejor sería preguntárselo al mismo...

Abrió la puerta del cuarto de baño.

El desconocido, sentado en el suelo, parecía rezar en honda meditación, con la frente reclinada sobre sus dos manos juntas, rozando los negros cabellos el blanco esmalte de la bañera.

—Tubería de primera clase, Gulaski —sonrió Doyle.

El interpelado levantó la cabeza. Tenía los ojos amoratados por la repercusión del puntapié.

—Es curioso, pero la mayor parte de pistoleros a sueldo, no tenéis cara de bandidos. Os parecéis al tendero de la esquina o al garajista. Pero tú tienes cara de estar enojado conmigo, Adolfini.

«Gulaski-Adolfini» siguió silencioso, consciente de su poco

airosa situación. Vestía bastante bien. Un traje color habano, y, salvo su chillona corbata, el resto era de precio.

—¿Cómo entraste y por qué quisiste hacerme pupa? —inquirió Doyle.

Siguió el otro examinando el blanco material contra el que de vez en cuando apoyaba su ardorosa frente.

—¿Repito la pregunta, Lajos?

Tanto podía ser polaco, italiano o húngaro. Lo cierto es que no quería hablar.

—¿Mudo de verdad o solo por llevarme la contraria?

El extranjero se limitó a alzar los hombros, bastante anchos. Menos que Kit Doyle.

Y este aplicó la abierta palma bajo la nariz del recalcitrante silencioso. Empujó hacia arriba, advirtiéndolo:

—Las fosas nasales son dilatables y, a veces, abandonando su sitio, llegan hasta la raíz de los rizos.

Apartó Doyle la mano y el otro gruñó entre dientes:

—No me harías eso si tuviera yo las manos libres, matón.

—¿A que sí?

Del todo despejado, Doyle acertó a la primera en introducir la llavecita en el cerrojo distensor del doble cerco de acero, que retiró.

Se apartó y el otro, levantándose con lentitud, procedió a darse masaje en las muñecas, y después, en revés, se palpó las narices.

Dijo, ceñudo:

—No te conviene armar escándalo, o la policía te echará de Cleveland.

—Tienes razón, Adolfini. Ya sabes que me llamo Kit Doyle, ¿no?

—Lo sabemos muchos.

—Tú y yo, seguro. ¿Qué tal un poco de café?

El italiano avanzó con alevosidad una rodilla, alzándola con destino al abdomen.

Un golpe antiquísimo, meditó Doyle, cuyas dos manos levantaron por bajo el muslo la pierna doblada.

El italiano chocó de cabeza contra el reborde de la bañera. Su cráneo despidió un eco sonoro, y perdió el sentido, porque antes de recobrar el equilibrio, su puntapié había sido por segunda vez esquivado. Y, a cambio, Kit Doyle le había propinado un manotazo da canto en la sien.

Le registró Doyle. Un billetero que solo contenía treinta y dos dólares. Los guardó.

Ninguna tarjeta, carnet ni documento alguno de identidad. Se trataba de un profesional práctico en no dejarse identificar.

Ocho balas calibre «38 Colt», en su hermoso estuche de plástico, y una llavecita. Exactamente igual a la legítima que abría la puerta...

Kit Doyle buscó en su llavero. Le faltaba aquella misma, el duplicado.

Cuando el italiano recuperó la noción de las cosas, olió y vio el jarrillo de café al alcance de su mano, encima de un taburete esmaltado.

Pero también encima del taburete estaba un zapato de «box-call», y acabando de anudarse la corbata, dijo Kit Doyle:

—El señor tomará su desayuno frugal, si me declina sus gracias. Ya nos hemos dado cuenta de que necesito tres como tú para asustarme.

Apartó Doyle el pie del taburete, y el italiano, cogiendo el jarrillo, dijo:

—A nuestra salud. Me llamo Bruno Corvini.

Rio Doyle teniendo la mano en negativa amable. La apoyaba sobre el codo levantado del que se disponía a beber, y que rectificó:

—Bruno Garvin.

—Cafetea, Bruno. A mi salud. ¿Buen café, eh? Vale treinta y dos dólares. Recoge tus cosas, menos tres: «Colt», mi llave y el importe de mi café. ¿Cuándo y dónde me birlaste la llave?

—En el «Mónaco» hiciste un juego de manos con el llavero. Me quedé con una, sin que pudieras darte cuenta. Estabas embobado mirando a Stela.

—¿Stela?

—Stela Todd.

—Cuéntamelo todo, Bruño. Te lo ruego. No pareces demasiado tonto, y has asimilado que si te suelto un tiro, será de acuerdo con el Artículo de la Constitución que se opone al allanamiento de domicilio ajeno.

Bruno Garvin debía tener éxito entre las damas poco escrupulosas. Tenía el guapo rostro del cínico calmoso.

Cogió, de un estante, un vaporizador, diciendo:

—Por treinta y dos dólares, tras los masajes, viene la loción facial, Doyle.

—Y champú, si lo deseas —sonrió Doyle.

Pero el ítalo-yanqui no empleó el chorro de colonia más que sobre sus cabellos, sienes y nuca. Al dejar el vaporizador, expuso:

—Por lo que sea, me encomendaron vigilar a Stela Todd, que últimamente dice muchas tonterías. Entró ella en el «Mónaco», te reconoció como al famoso privado caradura y listo. Tú estabas de

copas. Te habló ella dándote cita, y, entonces, yo cogí la llave, puesto que me dabas la ocasión tú mismo, y vine aquí para advertirte en tu beneficio.

Kit Doyle rio con simpatía. No lo podía remediar, pero encontraba divertidos a los profesionales de la bibrnada, como aquel Bruno Garvin. Posiblemente a la próxima entrevista, no lo encontraría divertido, pero en aquel momento, lo resultaba.

—Te golpeé sin intención de dañarte...

—Gracias. ¿Y qué pensabas advertirme?

—Que no le hicieras ningún caso a Stela. Es de las que ven visiones.

—Ahueca, Bruno. Pitando.

Bruno Garvin dio unas palmadas a su ropa, sacudiendo un polvo imaginario. Pensaba Doyle que la propia Stela Todd, cuando la localizase, ya le diría en qué consistían sus visiones, relacionadas con la vigilancia a que la sometía Garvin.

El ítalo-yanqui, al atravesar el recibidor, dijo sin volverse:

—Mi revólver, por favor.

Kit Doyle no lo pudo evitar. Apoyó con fuerza y de plano su pie en la parte inferior de la chaqueta color habano.

Bruno Garvin salió proyectado, pero quedó en pie en la acera. Cerrando la puerta, Kit Doyle sumó mentalmente un nuevo enemigo a su lista.

CAPÍTULO III

Devolviendo al sombrero su forma normal, Kit Doyle oyó un crujido entre la badana y la tela. Su sitio secreto para guardar papeles importantes cuando estaba algo mareado.

Extrajo un librito de cerillas.

Precioso con su cubierta plateada, en la que destacaban formando una «H» mayúscula, doce letras en azul pálido.

Los dos barrotes laterales decían en vertical:

«BAR»

El central, horizontal partiendo de cada «A», decía:

«AVENTURA»

En negro, el plano de su situación para los provincianos; número 077 de Bolton Avenue, entre Jefferson y Lakewood.

La avenida paralela a los siete kilómetros que, en anfiteatro, describía la ciudad de Cleveland en las márgenes del Erie.

Recordaba bien el «Bar Aventura», especializado en «folklore» italiano, con cantantes y bailarinas que en vestuario querían justificar que allá, por Italia, hacía mucho calor.

Alzó la cubierta del cerillero obsequio de la casa, y leyó, escrito con bolígrafo sobre el reverso blanco:

«Stela Todd. 30, Lakewood, 6-2».

Lo había escrito él mismo. Iba recordando. De la aproximada docena de mujeres con las que conversó y bailó, una tenía la cabellera color ámbar, y hablaba de un fetiche de ámbar.

Habían quedado en verse tan pronto pudiera él. Y la había olvidado, como olvidó su «Lincoln», cuando persiguió a una morena que le hizo señas invitantes, y después se perdió de vista por entre la niebla que inundaba Bolton Avenue.

Salió a la calle, y poco después un taxi le conducía al Este, y casi al final de la Bolton Avenue. Al pasar por delante del 997, vio herméticamente cerradas las correderas metálicas que, al igual que el cerillero de propaganda, llevaban una «H» de tres trazos, componiendo: «Bar Aventura». El taxi giró en Lakewood, y llamó

Doyle en el cristal, tendiendo uno de los dólares de Bruno Garvin.

El número 30 de Lakewood estaba en la misma manzana en que se hallaba el «Bar Aventura». Era un edificio de doce pisos, y dos manzanas más abajo se oía el rumor del lago en su rompiente contra los diques portuarios. El zaguán de entrada disponía, como tantos otros, de los casilleros etiquetados para la correspondencia. El perteneciente a la sexta puerta, segundo, lucía tarjeta a nombre de Stela Todd.

Cuatro jaulas distribuían verticalmente los ascensores, sin empleados ni portero visible. Una conserjería a la izquierda, para quien quisiera consultar algo.

Había varias manzanas de pisos como aquellos, sumamente íntimos, para la población flotante, artística y viajera. Una fianza en depósito, y por un alquiler quincenal, un departamento amueblado.

En el tablero de teléfonos interiores, presionó Doyle el timbre correspondiente a la sexta puerta, segundo piso.

Sopló en la cónica boquilla y dijo:

—¿Stela Todd?

Una voz femenina contestó:

—Sí. Dígame.

—Nunca es tarde, si la dicha es buena. Acudo a la cita de anoche. Voy.

Al penetrar en el ascensor, calculó Doyle que Stela Todd, necesitando un detective privado para algo relacionado con un fetiche de ámbar, podía estar vigilada en ausencia de Bruno Garvin por algún elemento parecido. O por el propio Garvin, anticipándose, y deseoso de desquitarse.

Cierta vez al salir de un ascensor semejante, fue recibido a culatazos. Dejó que el ascensor llegara al tercero, para asomarse cuidadosamente. Bajó las escaleras y contempló el desierto pasillo de los números pares. También un tapiz granate y bombillas blancas puntiagudas, imitando cirios en apliques de candelabros falsos.

La puerta numerada 6, llevaba la tarjeta «Stela Todd». Estaba abierta.

La empujó con el pie, verificando una entrada poco ceremoniosa, a la vez que cerraba con las espaldas.

Dejó de tensar la tela del bolsillo de su canadiense.

Veía el diván del amplio salón. Y la hermosa cabellera color ámbar destacando desparramada sobre un cojín de suave matiz azul.

Del mismo matiz que el salto de cama y camisón. Las chinelas

eran rojas. Avanzó hacia el salón, pensando que Stela Todd, perdiz nocturna, debía maquillarse a tenor de los reflejos de las luces eléctricas.

Stela Todd, a la que reconoció inmediatamente, había sido infinitamente seductora. Grandes ojos aceitunados, de corza cariñosa.

De mirada fija, demasiado vidriosa.

Estaba recostada de lado, cruzados los brazos sobre el busto. Y era muy visible la mancha coagulada en el salto de cama.

Kit Doyle volvió a tensar el bolsillo de su canadiense. No les temía a los muertos, sino a los vivos.

Stella Todd, cuyas manos rozó al pasar tras el diván, llevaba muerta el suficiente tiempo para no poseer la menor tibieza.

Y, sin embargo, una voz femenina había contestado a su llamada...

Acercándose a la única puerta abierta, dijo agresivamente:

—Es una irreverencia jugar al escondite en un panteón perfumado.

Olía a diversos extractos de esencias femeninas, predominando el jazmín. Y se aproximaba hacia el umbral otro extracto netamente masculino.

Tabaco de pipa.

Un apestoso tabaco, que, según su consumidor, era de una hoja especial regada con benjuí y mentol.

Kit Doyle, sacando las manos de los bolsillos de su canadiense, dedicó un saludo amistoso, juntándolas, al hombrecillo que acababa de detenerse en el umbral comunicando salón y alcoba.

Por su apariencia, Barry Wilcox podía parecer un chupatintas de mal genio. Su pantalón, siempre tenía bien marcadas las rodilleras, y cuando le cogía afecto a una prenda, era terco en abandonarla.

Su sombrero había sido azul, pero fue adquiriendo verdoso lustre. La gabardina era nueva.

Bajo la espesas cejas revueltas, los ojillos de un cándido azul, podían ser, a veces, extraordinariamente astutos, duros e implacables.

El teniente del Cuerpo de Detectives del distrito de Bolton, apuntó hacia el diván con su pipa, y dijo, en tono banal:

—Explícame todo eso, Kit.

Kit Doyle se cruzó de brazos, sinceramente indignado.

—¿Qué yo le explique todo eso? Lo que hay que oír, hombre... Yo telefoneé desde abajo, y me contestó una mujer.

—Preguntaste por ella, y te contestó Farnum.

El teniente Wilcox apuntó con la pipa hacia el diván, después por encima de sus espaldas, y, aproximándose se sentó en la abrazadera del diván. Una chinela roja rozaba su gabardina.

Joan Farnum, la inseparable taquígrafa ayudante del teniente Wilcox en sus primeras indagaciones, abandonó la alcoba, entrando en el salón. Impasible, saludó:

—¡Hola, Kit!

—Ya estamos todos —dijo Wilcox, ásperamente—. Vaya tomando nota de lo que va a declarar el pollo, Farnum.

Kit Doyle se sentía siempre culpable ante Barry Wilcox, pero en aquella ocasión, se consideraba tan inocente como en su primera infancia.

Y habló con creciente indignación:

—El pollo poco tiene que declarar, teniente. Anoche me encontré yo a esta muchacha en el «Mónaco», y me dijo que cuando pudiera viniese a verla, que me tenía que encomendar una pesquisa. Yo estaba de fiesta, y al despertar esta mañana, recordé la dirección que ella me había dado. He venido, y... ¡me vuelvo a tropezar con usted!

Barry Wilcox dejó de chupetear su pipa, para decir bondadosamente:

—Hace años que te lo vengo diciendo, Kit Doyle. Te pasas siempre de listo, pretendiendo descubrir antes que nadie, la clave de los asesinatos —y apuntando hacia Stela Todd con la barbilla, añadió—: Con esta muchacha a la vista, has dado el último tropezón.

Ya no eran cándidos los azules ojos, sino duros, implacables.

—Ni Demóstenes resucitando, con toda su elocuencia, te salvaba. Y en ti no puede ser atenuante, la embriaguez. Anda, no juegues más conmigo, y declara cómo mataste a Stela Todd.

CAPÍTULO IV

Joan Farnum, atendiendo al gesto con que Wilcox le señalaba su propia libreta de apuntes, fue leyendo lentamente, porque traducía los signos taquigráficos:

—«A las diez en punto, un anónimo comunicante telefona a la Brigada, pidiendo con urgencia al teniente Wilcox. Mientras acude, se trata de localizar el número desde donde telefona el comunicante, que dice haber llamado repetidamente al sexto departamento, segundo, del treinta Lakewood, domicilio de Stela Todd, la cual, a las cuatro y cuarto de la madrugada, iba en un «Lincoln» matrícula siete mil ciento siete, de la ciudad. Cuelgan. Telefoneaba desde la cabina pública central Lakewood».

Dobló ella la hoja, disponiéndose a proseguir, pero intervino Wilcox:

—Conociendo tu matrícula, supuse que algún rival tuyo en amoríos y malas andanzas, se estaba tomando una revancha. Vine con Farnum, Hamilton y Sheridan.

La taquígrafa ayudante, y los dos técnicos, en huellas y reconstrucción. Kit Doyle, cogiendo una silla, la cabalgó con el respaldo contra el pecho. Escuchaba con suma atención.

—«Siendo inútiles las llamadas, abrió Sheridan» —leyó Joan Farnum.

—Debidamente provisto de mandado de registro y ganzúa —aclaró Wilcox.

—«Al pie del diván, fotografió Hamilton el cadáver de Stela Todd. El doctor Bradock, llamado urgentemente, informa».

Miró ella al teniente Wilcox. No en balde llevaba varios años al servicio personal del jefe de la brigada del distrito de Bolton.

Barry Wilcox buscaba sus cerillas, refunfuñando. Aceptó el encendedor que le tendía Joan, rechazando con gesto de repulsión la cerilla que le ofrecía Doyle.

Y con la primera bocanada de humo, acremente mentolado, informó Wilcox:

—Extrajo Bradock una bala «Colt 38». Muerte por hemorragia interna, entre cinco y seis de la madrugada. Dame tu herramienta,

pollo.

Kit Doyle recordó la que llevaba perteneciente a Bruno Garvin. Presentó la suya, que recogió Wilcox metiéndosela en el bolsillo de la gabardina.

—Y ahora, pollo, hablando lo mejor que sepas. Vas lo suficiente al cine, para conocer lo que sucede. El privado listísimo que siempre se entromete. El oficial torpe, que no da una en el clavo. Pero llevo mucho tiempo deseando terminar con tus genialidades, pollo. Empieza por el principio. ¿Desde cuándo le hacías la rosca a esta muchacha?

Kit Doyle, levantándose, replicó:

—Siempre me ha sido usted simpático, teniente. Menos que Farnum, naturalmente. Pero esta vez, me coge usted asqueado de todo. Ya que usted es capaz de pensar que yo puedo matar a una chica, y venir luego a rondar así, es que realmente me tiene en muy bajo concepto.

Barry Wilcox torció los labios a un lado, agachando la frente, y mirando por debajo la cortina de sus revueltas cejas.

Bonachón, astuto, como un maestro ante un discípulo travieso.

—Échele un vistazo al pollo, Farnum. Fíjese bien en él. La propia imagen de la virtud ultrajada... Llame a los camilleros, Farnum.

Pasó ella a la alcoba, y añadió Wilcox:

—Íbamos a llevarnos a Stela Todd, cuando llamaste por el acústico.

Los dos camilleros actuaron con presteza indiferente. Salían, cuando dijo Wilcox:

—Espéreme en el coche, Farnum.

Joan Farnum abandonó también el departamento, y Kit Doyle estuvo tentado de contarle todo lo que sabía al viejo Wilcox.

Y por una vez que iba a decir la verdad antes de llegar al final de sus investigaciones privadas, el propio Wilcox le quitó la intención.

—Cualquier jurado admitiría que estando tú repleto de *whisky*, pudiste, accidentadamente, disparar contra Stela. Y que al recuperar el sentido vulgar, o sea, al despertarte, acudiste a comprobar qué había pasado. Sabe mucha gente en Cleveland, que por si fueran pocas las nieblas de la ciudad, te rellenas de nieblas las noches aburridas en que estás sin trabajo. Pero mientras te condenaban a unos años de meditación, el verdadero asesino estaría riéndose de ti y de mí, pollo.

Kit Doyle sonrió, intensamente aliviado.

—Usted es un talento y ya dio de lleno en la clave. El tunante

que telefoneó, quiso comprometerme.

—Siempre andas más o menos comprometido, pero no me duelen prendas. Varias veces te pusiste razonable, en asuntos que me traían de cabeza. Voy a dejarte libre de caminar por tu cuenta, cuarenta y ocho horas. Ni un minuto más.

—Gracias, teniente.

Barry Wilcox, golpeando la pipa contra el respaldo del diván, gruñó:

—Va a ser tu último caso, pollo. Con dos soluciones: traje y fonda a cargo del Estado, si antes de cuarenta y ocho horas no lo resuelves.

—¿Y la otra solución? —quiso saber Doyle.

—Cuando lo resuelvas a tu favor, empaquetas tus camisas, y cambias de aires. A otro Estado, donde no tropecemos tú y yo.

—Esta misma noche, pensé que me convenía irme a sitio más soleado, con menos niebla. Presento ahora mi coartada. A las nueve de la noche, tras cenar en el automático de Bix, fui al «Teatro de las Naciones», hasta que el telón dijo que ya estaba bien. Escuche, teniente... A ratos me encuentro asqueado.

—Ya sé, y entonces agarras una trompa infame.

Que fue lo que hiciste anoche. Sigue explicándote mientras decimos adiós al nidito de Stela. Trabajaba en el «Mónaco». ¿Lo sabías?

Mientras Wilcox por fuera cerraba, y un policía uniformado saludaba, regresando a su asiento cercano a la puerta, dijo Doyle:

—Del teatro, pasé otra vez al automático de Bix, después al «strip-teasse» francés, donde me debían dos frascos de «rye» canadiense. Ahí es donde empezó, porque generalmente solo tomo «Bourbon», contra el que estoy casi inmunizado. Entonces, salí a despejarme, y entré en el «Mónaco», dispuesto a tomar café.

Bajando las escaleras, sin volverse, comentó Wilcox:

—Andarías mucho.

—Con el «Lincoln» llegué hasta el «Mónaco». De eso sí que estoy seguro. Y ha de creerme. La cuestión es que perdí de vista el coche.

El teniente Wilcox no salió por la puerta principal. Pasó entre los cuatro ascensores, hacia el fondo, cuya puerta metálica, abierta, daba salida a la transversal paralela a Bolton Avenue.

Y Kit Doyle vio en la plazoleta de aparcamiento su «Lincoln», matrícula 7.107.

—Tu coche, pollo. Lo vio a las siete de la mañana el lechero. A las ocho el conserje. A las nueve, todos los que pasaban. A las diez y cinco, lo vi también.

—Está clarísimo. El mató a Stela Todd, sabía que yo tengo licencia para «Colt 38». Por lo que fuese le interesaba terminar con Stela, y aprovechó para llevarse mi «Lincoln», con ella de pasajera o no, porque el que telefoneó es posiblemente el mismo que mató.

—Incógnita, hipótesis, sospecha, cábalas y todo lo demás, a tu cargo, pollo. ¿Qué te dijo Stela Todd en el «Mónaco»?

—Que tan pronto pudiese, y estuviese sereno, pasase a verla a su piso.

—Ya la has visto. Son las once y cincuenta, pollo. Jueves. El sábado a la misma hora, he de verte y oírte.

Barry Wilcox volviendo la espalda se alejó hacia el coche oficial, que esperaba.

Se detuvo para mirar al que ante él decía:

—Resulta extraño, teniente. No me importa nada de lo que la gente piense de mí. Pero me importa mucho que usted no piense tan mal de mí. La última vez que nos tropezamos, me habló de forma distinta, sin rabieta...

Barry Wilcox resopló humareda oliente a benjuí y mentol. Contraídas las borrascosas cejas, dijo:

—Por mí solo, te vería morir baleado con ametralladora dentro de un tonel de licor, y pensaría que hallaste por fin lo que buscabas. Pero una persona a la que yo aprecio, se preocupa demasiado por ti. Por esto, tan pronto encuentres quien quería endilgarte a Stela Todd, te largarás de Ohio.

—¿A quién quiere usted evitarle penitas?

—No llegas ni a cínico, Kit. Tan solo a borrico, y lo más triste es que con la mitad de tu seso, otros son jefazos en lo que manejan. Date prisa en funcionar. Sábado a las once cincuenta, te espero. Queda cancelado tu permiso de uso de la herramienta. Emplea solo el seso.

Esta vez Kit Doyle no volvió a perseguir a Barry Wilcox. Yendo hacia su «Lincoln», meditó unos instantes en la incógnita persona que apreciaba el viejo gruñón, y que tanto se preocupaba por él.

Pero puso en marcha el coche, olvidándose de aquella incógnita. Tenía muchísimo más interés en resolver por qué mencionar un fetiche de ámbar, había puesto en alerta a Bruno Garvin.

CAPÍTULO V

Jack Roberts era el columnista de chismes y espectáculos de Cleveland más leído. Afirmaba que su archivo mental le igualaba a Einstein en un punto: la relatividad.

Todo era relativo en el mundillo de celebridades nocturnas, donde millonarios del ayer, se transformaban en procesados escandalosos, y donde propietarios de clubs, antiguos procesados, se convertían en auxiliares de la Ley.

Se despertaba hacia las dos de la tarde y echaba otro sueñecito después de asistir al gimnasio, baño turco y restaurante. A las cinco de la tarde de aquel jueves, suspiraba beatíficamente en el catre de la cabina del gimnasio.

Levantó un solo párpado, al sentir un repentino peso en el borde del catre. Tenía los ojos redondos como un búho, y también la misma malignidad en las pupilas.

Pero Kit Doyle, había sido repetidamente una fuente de informaciones sensacionales, a trueque de otras noticias.

—Hola, fenómeno. No me lo expliques. Cogiste la llave de otra cabina, y me traes un chispazo de alto voltaje a cambio de mis confidencias.

—Los chispazos en cadena deslumbrante, te los suministraré el sábado antes de las doce. El trato de siempre, Jack.

El periodista, sentándose, cogió una pelota de tenis, y fue presionándola cinco veces con cada mano. Fortalecimiento de los músculos del antebrazo, que le hacían tanta falta como la máquina y la memoria.

Tenía que repeler muchas agresiones, sin atacar, sino salvando el físico. Sus «Chispas» pellizcaban a mucha gente.

—El trato de siempre —aprobó—. Yo no sé ni cómo te llamas, y nadie ha de saber que me das alguna liebrequilla.

—He perdido horas repasando tus columnas, yendo al Censo, a la oficina de contratación artística, y por último tomándome un baño turco, que maldita la falta que me hacía. La Prensa publicará esta noche que una muchacha llamada Stela Todd apareció muerta en su departamento.

Jack Roberts entrechocó los puños, como segunda parte del ejercicio.

—También se leerá que la policía tiene una pista, etcétera. No la

tiene. Yo he de encontrarla. A Stela la conocí anoche. Me citó para que fuese a verla cuando pudiese. Pude, cuando ya se la llevaban dos camilleros. La vi anoche en el «Mónaco».

Jack Roberts se colocó la pelota de tenis bajo el sobaco izquierdo. Fortalecimiento de dorsales, en aleteo que acabó por completar su parecido con un musculoso búho humano.

—¿Cómo murió?

—Entre cinco y seis de la madrugada, de un balazo en el costado. Aplicado a quemarropa, por alguien que pudo acercársele lo suficiente, sin que ella desconfiase. Y que podía entrar en su departamento sin forzar puertas ni ventanas.

—Stela Todd, cabello, coñac, mal genio, y pretensiones de aspirante a esposa de millonario. Salía con chicos bien y no se dejaba imponer por ningún terror. Mala suerte, fenómeno. Si me hubieses escogido a otra, te podría anotar dos o tres galanes con posibilidades de querer matarla.

—A ti te pegó un bolsazo, el martes de carnaval.

—A traición. Ya leíste cómo fue. Iba disfrazada de marquesa. Yo de emperador romano. Dije que las marquesas de verdad, no se bañaban en jazmín, sino en leche de burra. Lo tomó a mal, y mientras bailaba yo con su amiga, me atacó por la retaguardia.

—¿Su amiga?

—Una de las tantas. Ya sabes cómo son. Hoy te quiero, mañana te odio.

—El martes de carnaval cayó la semana pasada, Jack.

—Su amiga era una morena redondita, cabellos ala de cuervo, rebosante de alegría de la buena. Bess Gordon.

—¿Anida dónde?

—Fotografías de arte, Lakewood Impass. Decentísima. Quiso mucho a su esposo y al enviudar hace unos años, cuando aquello del Pacífico alborotado, decidió no volver a casarse. Parece ser que necesitaba una modelo como Stela, para propaganda de trajes de baño destinados a damas aristocráticas, y como en las fotos no salen hablando, eligió a Stela. Se hicieron amigas.

—Iré a ponerme ante el objetivo de la morena redondita. ¿Conoces a un tipo llamado Bruno Garvin?

Jack Roberts tiró la pelota a un cesto, y, levantándose, efectuó varias flexiones de piernas. Al cesar su último ejercicio, fue a abrir el pequeño armario que contenía su ropa. Dijo:

—Caliente, caliente. En doble sentido, fenómeno. Acabas de recordarme que últimamente rondaba mucho Bruno Garvin por los sitios donde yo veía a Stela.

En el «Cuatrocientos once», en «Romano». Y digo caliente, porque Bruno Garvin, cantando una meliflua tarantela, le sopla un tiro a una mosca y solo se enteran él y la mosca.

—Yo voy a ser la mosca.

Echando talco en sus zapatos, comentó Roberts:

—Garvin es comparsa en el «Bar Aventura».

—Me enteré en el censo de contratación. Cobra la tarifa de comparsa en el tablado. Pero yo voy entre bastidores, Jack.

—Pasemos revista. El gerente del local que proporciona a Garvin un sueldo honorable aparente, es Gene Ventura. Florentino seductor, tipo de galán maduro, impecable y confidente de la policía. Bruno Garvin canta tarantelas y Carl Amalfi, napolitano como él, es su gran amigote.

—¿Qué sabes tú de fetiches?

Jack Roberts suspendió el abrochamiento de su pantalón. Su rostro adquirió la expresión de un búho sorprendido por un faro.

—¿Te has convertido al psiquiatrismo, fenómeno? Visité a un psiquiatra un día en que me encontraba raro. Empezó por preguntarme si de niño arañaba a mi profesor de piano, y de pronto quiso enterarse si cuando me afeitaba cantaba alegremente enjabonándome, o me sentía triste.

—Esta madrugada, hablando yo con Stela, no le hacía mucho caso a lo que me contaba, porque había mezclado «rye» y «Bourbon». Su cabello me recordó que mencionaba un fetiche de ámbar, roto por la base.

—Los fetiches traen maleficio a los paganos civilizados. Es cuanto puedo aclararte. Y déjame demostrarte que reviento de inteligencia. Tú estableces una estrecha conexión entre Stela, la bala, Bruno Garvin y un fetiche de ámbar.

Kit Doyle dio una palmada sobre el recio antebrazo del periodista.

—Casi, casi. Volveré a pulsar tu inteligencia, apenas tenga otro asidero. Beso tu frente, chismoso.

—Cantaré salmos en tu funeral, fenómeno.

Poco después al volante, conduciendo hacia Lakewood, Kit Doyle resumió:

—Entre cinco y seis Stela Todd recibe a uno de confianza. Que le dispara con el mismo calibre que Bruno y yo poseemos. Bruno no tuvo tiempo de acecharme, esperarme, y matar a Stela. Su amigote es Carl Amalfi. Y Stela me entregó el cerillero del «Bar Aventura» para que yo escribiese su dirección. Rogándome mucho secreto; así es que lo escondí en mi sombrero. Bruno Garvin estaba contento en

la bañera, pese a que lo zarandeeé. Hizo lo posible por inducirme a que acudiera volando a visitar el cadáver.

Viró por Lakewood Impass, el callejón sin salida. Aparcando en el único sitio permitido, se dirigió al número seis.

Tubos fluorescentes dibujaban a intervalos en el primer piso derecha: «FOTO ARTISTICA» y «BESS GORDON».

Una de las pocas casas coloniales de Cleveland, que no fue suplantada por rascacielos. En los bajos, un experto joyero y un encuadernador de lujo. Un solo piso. Escalinata adecuada a miriñaques y reverencias. Nada de departamentos numerados.

Toda el ala derecha para Bess Gordon, cuya firma ilustraba fotos de alta sociedad y propaganda refinada.

Abrió una mujer y Kit Doyle se apartó para ceder el paso, ya que debía ser alguna visitante. Un sombrerito raro, un abrigo de cibelina...

Menuda, redondita, cabellos negrísimos...

—Usted es Kit Doyle —sonrió ella.

Kit Doyle se quitó el sombrero, señalando el interior.

—Está usted en su casa, Bess. Esta madrugada no llevaba este cestito sobre el cabello. Pero me invitó usted a perseguirla, y luego se evaporó... Y también mi «Lincoln».

Bess Gordon volvió a cerrar, sonriendo con pícara alegría.

CAPÍTULO VI

Más que una antesala, aquello era un salón de del siglo XVIII, pensó Kit Doyle. Molduras doradas en los espejos a profusión, sillones y mesas torneados con paciencia, cortinajes de mucho peso, y una iluminación brotando de los sitios menos verosímiles.

Manos de marfil, estatuillas extrañas, vitrinas delicadísimas y lamparitas de estilos anacrónicos, se encargaban de esparcir luces.

Bess Gordon, sentándose, informó:

—Me disponía a salir, porque tengo una cita que no puedo aplazar. Le he telefoneado exactamente cuatro veces. A la una, dos, tres y cuatro. A su dirección. No contesta nadie.

—Pues aquí me tiene, Bess. Y aquí dentro hay un fortunón en cosas inútiles. Un museo casi.

—Heredado por mi marido.

—Que en paz descanse. ¿Para qué me telefoneó cuatro veces?

—Le debía una explicación. Stela Todd me dijo anoche que buscaba a un detective privado, listísimo. Yo le recomendé, con ciertas salvedades, a Kit Doyle.

—Sepamos las salvedades.

—Usted intervino en el crimen de los Vanbilt. Y declaró a la Prensa, que si bien investigaba por amor al dinero, anteponía la afición a descubrir cualquier intriga, aunque le rogara el propio cliente que abandonase la pesquisa.

—Exacto. Y Stela Todd quería que yo investigase algo que podía importunar a personas velando por su máscara de honorabilidad.

Bess Gordon asintió.

—Cuando vi que usted entraba en el «Mónaco», comprendí que no era el momento más adecuado para que Stela le hablase. Ya que usted se encontraba un poco... difuso.

—Fantástico eso de difuso. ¿En qué consiste?

Rio ella con saludable alegría antes de definir:

—Entró usted normalmente, pero al encaramarse en un taburete de la barra, lanzó un grito de indio salvaje, y abrazó a una señora. No hubo pelea, porque intervino uno de los organizadores. Y usted le entregó diez dólares, para la «Gota de Leche».

—¡Cómo estaría yo de difuso!... Malgastando dinero en biberones.

—El «Mónaco» celebraba anoche su turno de cesión a beneficio

de «La gota de Leche».

—Ya me parecía que aparte yo, abundaba la gente distinguida allí dentro.

—Cuando Stela empezó a hablarle, juzgué mejor aplazar la entrevista, y recurrí a una artimaña que ruego me excuse.

—A usted se le perdono todo, porque armoniza con este salón. Me refiero a eso de la cortesía. Llama usted difusión a una vergonzosa papalina.

Miró ella su reloj de pulsera, y levantándose, dijo:

—Mi cita es inaplazable. Podemos vernos a las siete y media.

—Su cita habrá de esperar, y por una vez, su exquisita personilla no quedará mal. No se envaré, Bess. ¿Usted le tenía afecto a Stela?

—Mucho. Es una mujer incomprendida, que juzgan cursi, cuando en realidad se propone refinarse. También le telefoneé a las mismas horas que a usted, y ni siquiera daban la señal de comunicación. Quería saber si por fin había consultado con usted. Deduje que abandonó su piso, quitando la conexión.

Se dirigió ella a la puerta, y miró severamente al que se interponía, agitando un índice, doblándolo hacia sí, cerca del rostro.

—Hacia las cuatro, esta madrugada, usted me hace la señita tentadora. «Ven a mí, difuso Kit». Y yo acudo como un león. Tenía usted la risita de la ninfa pudorosa. Llegué a la calle dando zarpazos por entre la niebla. Oí la risita de la ninfa. Está claro ahora. Su seña y la risita me alejaban del «Mónaco» y de mi coche.

Bess Gordon amenazó con el índice, que esta vez no tenía nada de tentador.

—Déjeme acudir a mi cita, y después estaré a su entera disposición para aclararle lo que desee.

Se apartó Doyle, y ella abrió. Desde fuera, insistió él:

—También me dio Stela una cita, y se me hizo tarde. No quiero que se repita la informalidad.

Bajando las escaleras, contestó Bess Gordon:

—Precisamente tengo fama de ser puntual, y me ha hecho usted retrasar quince minutos.

Pisaban la amplia alfombra del zaguán señorial, cuando dijo Kit Doyle:

—Puede telefonar a quién la espera.

—No. Porque para mí es importantísimo.

Faltaban cuatro pasos para el gran umbral, y volvió ella a envararse, al sentirse cogida del codo.

—Guárdeme un secreto, que solo sabremos usted y yo, Bess. Su

amiga Stela está posando sobre una mesa de autopsia, con un adorno en el costado izquierdo. Una bala calibre .38, entre cinco y seis de la madrugada.

Bess Gordon pestañeó. Sus labios sin pintura, emblanquecieron. Murmuró:

—Entonces, la pobre tenía razón. Hautlenissei poseía maleficio...

—¿Hautle... qué?

Abrió ella su bolso, extrajo un llavero, y dijo apresuradamente:

—Espéreme en mi piso, y volveré inmediatamente. Apenas quince minutos. Ir y volver.

—De acuerdo, Bess. ¿Quiere que la acompañe?

—No, no. Es aquí cerca.

Se alejó ella a paso rápido. Kit Doyle titubeó unos instantes. Los suficientes para que desistiera.

Poco después presionaba el conmutador que daba al salón su especial luminotecnia.

La distinguida clientela de las fotografías artísticas debía respirar refinamiento en aquella sala de espera.

—Hautle... Maleficio —fue diciendo, examinando las vitrinas y estatuillas.

Jade, plata, porcelana, marfil, ébano... Nada de ámbar a la vista. Cada figura, y las había espeluznantes, tenían en su base una explicación.

Alguna rarísima como la de una figurilla acurrucada, de marfil, representando una especie de monje.

«Budista disidente. Orientado al Este, y alejado de flores y agua, es amuleto. Copia del legítimo ídolo existente en Angkor».

—Stela posee un fetiche de ámbar, cuyo maleficio teme. Consulta a Bess, y esta, cuando yo me dispongo a prolongar mis invitaciones «difusas» a Stela, me extravía...

Se revolvió ágilmente. Todas las luces acababan de apagarse.

Permaneció muy quieto, porque tenía una excesiva práctica en reconocer cuándo la inmovilidad era una garantía.

Eran dos. Uno el que había apagado. Otro, el que le estaba hincando entre las costillas, protegiendo el corazón, un cilíndrico objeto que no permitía discusiones.

El golpe fue de una precisión contundente. Por duplicado. En el estómago y tras la nuca.

Solo para reducirlo a un desmadejamiento, ya que si bien el que le golpeó de frente había empleado el puño cerrado en torno a la culata, el que estaba a su lado, mantuvo el cañón en sus costillas,

mientras aplicaba el toque con el canto de la mano.

Muy borrosamente, se dio cuenta que le sacaban asido por cada codo. Un hombre ebrio, sostenido amorosamente por dos compañeros.

En estado mentalmente «difuso», percibió la humedad del aire callejero contra el rostro.

Y en el callejón roncó el motor de un coche, puesto en marcha apenas quedaba suelto de un codo Kit Doyle.

El revólver le empujó por la nuca, y tropezó con una portezuela abierta.

—Arrodillado, boca abajo, Kit —ordenó el del revólver empujando ahora con revólver y mano.

Kit Doyle estaba aún caótico. Hasta llegar a la acera, había recibido otro par de culatazos en el estómago.

Se tendió ladeado, dobladas las rodillas.

Cerraron la portezuela, y la misma voz ordenó:

—Dale gas, Harry.

El coche se puso en movimiento, y abandonando Lakewood Impass, viró al Sudeste, hacia los muelles del trigo.

A velocidad moderada, parándose reglamentariamente a las señales luminosas.

Kit Doyle, entre el asiento posterior y el respaldo delantero, trataba de coordinar. Por de pronto le habían quitado el «Colt 38», propiedad de Bruno Garvin.

Y las dos piernas del que se sentaba esquinado, no estaban a su alcance, porque los pies le reposaban sobre las rodillas.

El brillo acerado de un «Colt 38» le ojeaba a la suficiente distancia para que se disparase sin remedio si intentaba oponer resistencia.

Necesitaba unos minutos más para recuperarse del todo.

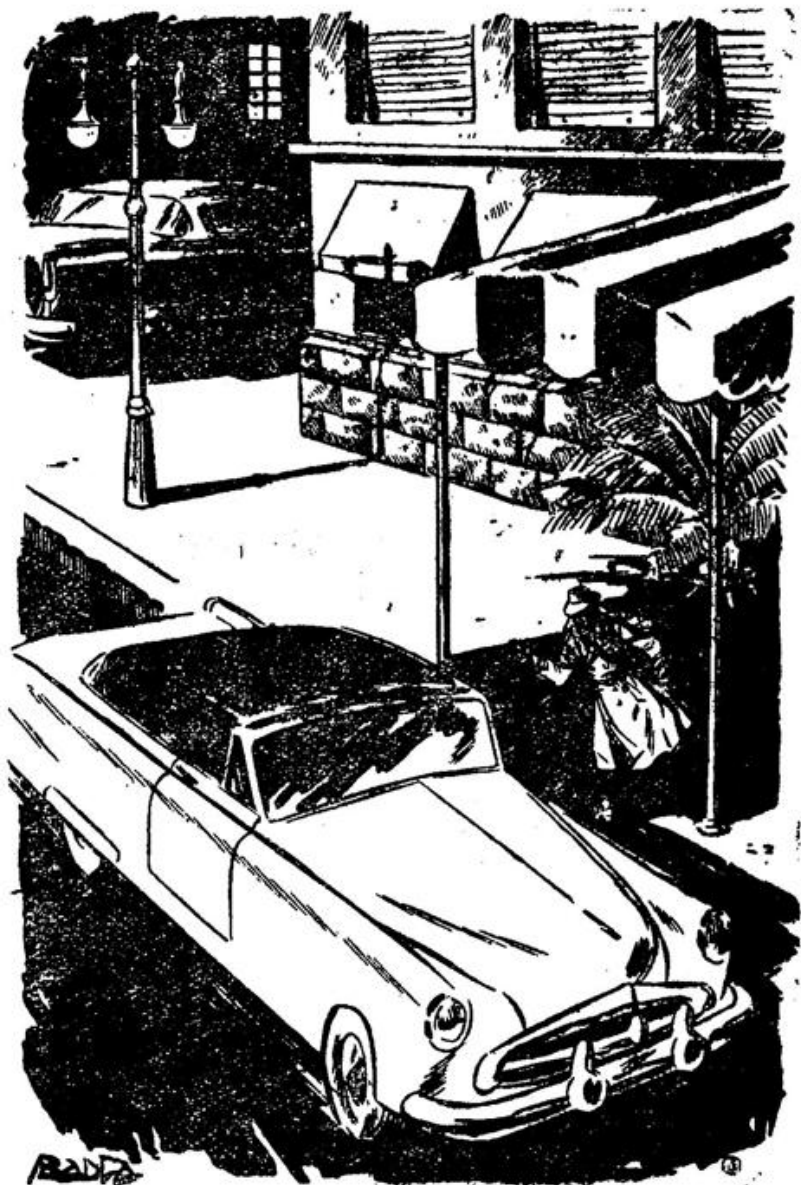
El coche iba aumentando de velocidad, y el que sostenía el «Colt» indicó:

—Por Lorain Bay, Harry.

Kit Doyle movió cautelosamente la mano derecha oculta bajo su costado. Un pie abandonó su rodilla, para golpearle de plano en el cuello.

Y Bruno Garvin, oscilando su «Colt» recuperado, dijo riendo:

—Te vas a beber un café exquisito, Kit. ¡Acelerando, Harry!



Chillaron los frenos del dos plazas...

CAPÍTULO VII

El chofer Harry no había pronunciado una sola palabra, concentrándose en conducir obedeciendo a las señales luminosas.

Bruno Garvin raía con la misma jovialidad que un chacal hambriento.

Kit Doyle meditó que pronto llegarían a Lorain Bay, la carretera Oeste, bordeando el lago.

Y podía prever lo que sucedería. El coche se detendría...

—Un «paseo» que te va a costar caro después, Bruno.

—¿Tú crees?

—Si me vacías el tambor, resérvate una bala para estallarte el cráneo.

—Vamos, vamos, Kit. No se trata de nada de eso, hombre. Bajaremos cuando se vea la casa de mis antepasados, para enseñarte unos cuadros de gran valor.

—Bajaremos, y si no quieres hacer ruido, el coche puede pasarme varias veces por encima. Te brindo la técnica. Un toque de culata, y con dos idas y vueltas, los neumáticos me dejarán planchado, para la crónica de accidentes. Pero tras la frente, ¿tienes materia gris, Bruno?

—Para venderte unos gramos que te hacen falta. Quietito, o morirás antes de tiempo, Kit...

El coche dejaba atrás la última señal luminosa de tráfico urbano, y aceleraba progresivamente, cuando con brusquedad, describió un vaivén.

Imprecó el chofer Harry. Chirriaron unos frenos a la derecha.

Harry empujó desesperadamente sus frenos...

Kit Doyle se sintió elevado hacia el techo. Las rodillas de Garvin se hundieron en sus costillas, y una de sus manos le tocó la nuca.

El brusco frenazo había proyectado hacia delante a Bruno Garvin. Con todas sus fuerzas, Kit Doyle echó la cabeza hacia atrás. Su cráneo entró en contacto con algo blando.

La cara de Bruno Garvin, que lanzó un alarido, mientras Doyle conseguía rodar a un lado, y asir la muñeca derecha del pistolero.

Apretó con fuerza, retorciendo la muñeca, empujando...

El estampido perforó los tímpanos de Kit Doyle.

En sentido figurado.

El mismo estampido pulverizó la frente de Bruno Garvin.

En sentido diagonal de mortal necesidad.

Kit Doyle acabó de recuperar su equilibrio, sentándose en el asiento, mientras Bruno Garvin resbalaba en ovillo...

Todo había transcurrido en segundos, y el chofer Harry acababa de recuperar el pleno mando de volante y asfalto.

Giró el rostro al oír el estampido, volviéndolo con la misma presteza, al verse encañonado por el «Colt 38», arrebatado a la diestra de Bruno Garvin.

—Adelante, Harry. Sigamos hacia Lorain Bay. Un poco más y nos morimos, Harry. ¿Qué fue?

Temblona la voz, explicó Harry:

—Yo iba por mi sitio, pero se me cruzó un camión...

—De ahora en adelante quiero a todos los camioneros, como de niño adoraba a mis ángeles de la Guarda. Al primer lateral, entras lentamente, Harry, a menos que quieras acompañar a este.

El primer ramal al Sur era un sendero fangoso, que conducía a unos secaderos de pescado distantes más de una milla.

—Aquí mismo, Harry. Para y baja.

El chofer obedeció y cuando se reclinaba contra la portezuela, temblaba pese a su abrigo, bufanda y gorra.

Kit Doyle parecía rascarse una patilla con el «Colt», frente al chofer.

—Yo no sabía que... Me dijo que era para transportar un amigo suyo enfermo...

—De calenturas, Harry. Vete maniobrando con la misma destreza que evitaste el camión bendito. La gorra. Al suelo.

Harry tiró la gorra al suelo, respirando anhelosamente.

—Quítate la bufanda, y el abrigo. Dame tu documentación, Harry.

Un carnet de chofer extendido a nombre de Harry Mansfield, casado, cuarenta y ocho años...

—¿Es tuyo este «Buick», Mansfield?

Tiritando, Harry Mansfield dominó el castañeteo de sus dientes.

—Estoy de turno de cuatro a medianoche. En la parada veinte de Lakewood Avenue. Vino un hombre.

—¿Este? —y designó Doyle el asiento posterior.

—No... Era otro. Era el que se fue apenas usted entró...

—Apenas me arrojaron al interior. Y tú tan tranquilo.

—Cuando me di cuenta de la clase de sujeto que era el que... ha muerto, ya no podía intentar nada. Me había dicho el otro que esperase ante el número seis de Lakewood Impass, donde se apeó. Que volvería con un par de amigos. Y apenas entrase el que venía

enfermo, debía yo dirigirme a Lorain. Me entregó cincuenta dólares. Después... me vi cogido...

—Ahora cógeme por las piernas al cliente. Anda, sácalo de ahí dentro. Cobraste cincuenta dólares, Harry.

Por un instante pareció que Harry Mansfield iba a llorar. Por fin, introdujo el busto, arrastró y, resoplando, abandonó el cadáver sobre el sendero.

—Un pequeño esfuerzo más, Harry. Has de ganarte los cincuenta.

Kit Doyle fingió mirar el cuerpo yacente en el fango. Y Harry Mansfield demostró que no era un chofer al servicio de hombres como Bruno Garvin. Permaneció quieto, sollozando silenciosamente...

No aprovechó para desarmar al que bruscamente, aconsejó:

—Coge tu gorra, bufanda y abrigo. Vas a pillar un resfriado...

—Sí, señor.

Kit Doyle fue a sentarse junto al volante. Esperó unos momentos y dijo:

—A tu sitio de siempre, Mansfield.

—Sí, señor —asintió el chofer de taxi, apoyando las manos en el volante.

—A la ciudad. Conduce poco a poco, y escúchame, Mansfield. Soy el ayudante privado del teniente Wilcox, de la Brigada de Detectives de Bolton. Por motivos ajenos a tu profesión, vas a mantener el pico cerrado, hasta el sábado al mediodía, en que vendrás al despacho del teniente Wilcox a contarle lo que pasó. Hasta entonces, ni a tu almohada, Mansfield.

—¡Puede... puede estar seguro que no diré ni sílaba! —resolló Mansfield, conduciendo a poca velocidad por la pista de Lorain Bay hacia Cleveland.

—Primero te creí en combinación con los dos *gangsters*.

—¡Dios mío! Cuando me dio cincuenta dólares, olí algo raro. Vemos muchas cosas raras, nosotros, señor...

—Lláname Kit a secas. Vas a decirme que eres casado, tienes hijos, y lo esencial es ganarles la pitanza. Y aceptaste, pero sin pensar que era un «paseo» sin retorno. Te hubiera suprimido también a ti el que se apeó... Un consejo, Harry. Durante dos días, a partir de ahora, convendría que tú y la familia os largarais de Cleveland.

—Tenemos parientes en Cincinnati.

—De cabeza allá. Te lo aconsejo, porque el otro, el que te contrató, vendrá a buscarte, cuando no vuelva su amigo.

—Sí, sí... Comprendido... ¡Dios mío! ¿Qué le digo a mi mujer?

—Que te ha telefoneado al bar la tía Jean, o el tío Jim. Urgente, que vayáis todos a Cincinnati. Allí se lo explicas el sábado por la mañana. Adelante por Lakewood. Me dejas en la esquina anterior a tu parada. ¿Qué pelaje tenía el que te dio los cincuenta dólares?

—Era grueso, tenía la cara larga, con nariz gruesa, y ojillos sucios.

—¿Legañosos, Harry?

—Ya me comprende, señor Kit. Esos ojillos como de cerdo. Tenía los labios delgados, y dientes de oro. Llevaba un abrigo azul muy oscuro, sombrero también oscuro. Una corbata amarilla, con una herradura de brillantes. Pero no era un señor. Era tosco, y me pareció italiano.

—Magnífico, Harry. Creo que los dos nos hemos salvado de buena...

—Gracias, señor Kit. Podría usted denunciarme por falta de valor cívico.

—Mientras conducías no podías pegarle al del revólver.

—Es que... tampoco creo que le hubiera pegado... después...

—No sabemos de lo que somos capaces hasta que llega el momento de la verdad. Esta hora que los mejicanos llaman la hora de matar, en las corridas de toros.

Fue aminorando Mansfield la marcha. Y al detenerse, dijo:

—Necesitaré estos dos días de reposo, señor Kit. Estoy deshecho...

Apenándose, Kit Doyle sonrió. Tendía cinco billetes de diez dólares.

—El que se quedó allí en el sendero, no te pagó, Harry. Tenía en su cartera este dinero. Muy tuyo, Harry. Y recuerda que el sábado al mediodía has de visitar al teniente Wilcox. Y conservar mutismo hasta entonces.

Harry Mansfield crispó el rostro en patética mueca.

—Gracias de corazón, Kit. Dios le proteja siempre.

Agitó Doyle la mano y, dirigiéndose hacia Lakewood Impass, pensó que debía ser la única vez en que el dinero de Bruno Garvin, suscitase bendiciones. Le estaban doliendo el estómago y la yugular.

Pero ya iba disipando nieblas. Bruno Garvin le veía entrar en el número 6 da Lakewood Impass.

Iba con alguien de su entera confianza. ¿Quién mejor que Carl Amalfi, el otro comparsa de «Bar Aventura»?

Viendo salir a Bess Gordon, iba Amalfi a por un taxi, con la intención de no dejar pista alguna, porque Garvin le hubiera

liquidado a él y al chofer. Mientras, subía Garvin. ¿Quién le había facilitado la llave? Lo averiguaría. Tal vez la propia Bess Gordon.

El resto acababa de vivirlo.

Sacó del bolsillo superior de su americana, la llave facilitada por Bess Gordon. Abrió, y las luces tamizadas fueron desparramando sus reflejos... Espejos, vitrinas, estatuillas...

Y Bess Gordon, tendida de lado sobre una alfombra cercana a una vitrina. Una mancha rojiza en el costado izquierdo.

Se abalanzó Doyle, y arrodillado, enlazando por los hombros a la amiga de Stela Todd, acercó el oído a los labios femeninos. Hacía muy poco tiempo que una bala había chamuscado a quemarropa sobre el tejido de punto el costado izquierdo de Bess Gordon.

La cibelina colgaba de un sillón.

La diestra de Bess Gordon tenía dos uñas rotas. Kit Doyle vio el rastro de sangre yendo desde el sillón hasta la vitrina.

Y una de las patas de la vitrina, estaba arañada.

CAPÍTULO VIII

El reloj pulsera de Bess Gordon era un instrumento de precisión y lujo. Se había detenido, roto el cristal, a las seis y cuarenta.

Eran las siete y cinco, cuando Kit Doyle abandonaba con suma precaución el domicilio de Bess Gordon tras cerrar la puerta y guardar la llave. Apresuró el paso por el zaguán, porque oía la sirena policial. Corrió hacia la plazoleta, subiendo en su «Lincoln», y, virando apresuradamente, logro penetrar por Lakewood cuando, virando Bolton, dos motocicletas precedían a un coche policial.

De nuevo alguien había avisado, pensó con fría rabia. Dos hermosas muchachas muertas, por un pedazo de ámbar...

Y la pista de Carl Amalfi, le pertenecía a él exclusivamente. Una cuestión netamente personal. A resolver en «Bar Aventura».

Pero antes necesitaba confiarse a alguien plenamente comprensivo. El teniente Wilcox era capaz de hacerle encerrar, si le encontraba de nuevo, porque ya sabía que un «Lincoln», matrícula 7107, estaba ante el número 6 de Lakewood Impass.

Iba a prescindir del maldito «Lincoln», dejándolo en un garaje donde no le conociesen.

Y, a pie, se dirigió al automático en que solía cenar. Doblaba la esquina, cuando fingió abstraerse en la contemplación de un escaparate.

Ante el automático acababan de bajar de un coche dos individuos. Por su manera de penetrar en el bar, comprendió que buscaban a alguien. Veía por el espejo reflejarse en la acera opuesta el escudo de la portezuela del coche. Emblema del Detective Corps, distrito de Bolton. El teniente Wilcox, exasperado, había enviado dos agentes a recogerle. Y no le convenía aún hablar con Wilcox.

Lo referente al muerto Garvin, al vivo Amalfi, y a un pedazo de ámbar, eran tres pistas que le pertenecían.

Vio cómo a una señal de los que habían entrado, el coche se alejaba. Los dos agentes ocuparon sitios distintos. Uno en la barra, y el otro, en una mesa.

Le esperarían poco tiempo. No quería hacer perder tiempo a honorables sabuesos.

Cinco minutos después, desde una cabina pública, marcaba los números del automático en que efectuaba sus comidas.

Reconoció la voz de la empleada de tocadores.

—Soy Kit Doyle, guapaza. No se lo diga al larguirucho del impermeable azul, y sombrero castor que lee el periódico en la mesa siete. Dígale tan solo que la llaman al aparato.

—¿Cómo se llama este señor, Kit?

—Impermeable azul, sombrero castor, larguirucho y mesa siete, guapaza.

Poco después, una voz autoritaria, pedía:

—¿Quién es?

—Un amigo de Kit Doyle, que me ha dado un encargo. Se encuentra muy atareado...

—¡Oiga, Doyle! Ya le conocemos demasiado, ¡caray! El viejo está que trina. Quiere verle inmediatamente. Ya sabe por qué. Tenía usted su cacharro delante del seis Impass Lakewood, y salió pitando apenas llegaba el viejo. Déjese de juguetees, porque me como el sombrero si esta vez el viejo no le mete entre rejas.

—El viejo me otorgó cuarenta y ocho horas. Para dar con uno o varios criminales. Y daré con ellos, si me dejan tranquilo. Ustedes ya tienen bastante tarea, sin perder el tiempo conmigo. Oiga... No pida filete, porque solo los viernes los dan buenos.

Colgó Doyle, interrumpiendo así la letanía de imprecaciones que iniciaba el policía.

Era su última investigación en el Estado de Ohio, y no iba a variar de métodos. Pero tampoco quería dejar cabos sueltos, por si Carl Amalfi tenía más suerte que Bruno Garvin.

Además, estaba convencido de que había, alguien, un pez gordo, complicado en las muertes de Stela Todd y Bess Gordon.

Garvin y Amalfi eran vulgares pistoleros a Sueldo.

Simple elementos ejecutores, sin iniciativas propias.

Les habían ordenado dar el «paseo» al detective Doyle, porque a este Stela Todd le había hablado del maleficio de un pedazo de ámbar. Ámbar que Bess Gordon había llamado Hautlenissei...

Cenó en un automático de la calle Bathonar, el barrio residencial, alejado de la ribera. Un barrio que, salvo haberlo visitado en anteriores investigaciones, no tenía el honor de merecer el beneplácito de Kit Doyle.

Calles tranquilas, jardincillos, casitas con cortinas policromas, horarios prudentes, en que a las diez de la noche se dormía... Todo lo que detestaba.

Joan Farnum, huérfana del Cuerpo Policial, hija de capitán detective, seguía las costumbres heredadas de su meticulosa madre, que había sido también taquígrafa ayudante.

Las mismas costumbres de Bathonar. Y a las nueve y media, se

disponía a proceder a su aseo nocturno cuando repicó el timbre de su puerta. No abrió, sino que descorrió una mirilla. Abrió con precipitación.

Kit Doyle, entrando, fue en línea recta hasta los dos cuadros colgados sobre un secreter. Se quitó el sombrero y dijo:

—Buenas noches, capitán Farnum. Ha de perdonarme si visito a Joan a horas indebidas, pero es la única chica decente del mundo entero.

Se volvió, y sonrió complacido. Joan Farnum, con su bata acolchada, de grandes solapas cerradas hasta el cuello, el cabello rubio recogido con lazo negro, sin pintura, era la imagen de la pulcritud, la honestidad y las buenas costumbres.

—El teniente está enojado con usted, Kit.

—Y usted ha comprendido que si me permito graznar en su nido es por dos razones. La primera, porque, si me promete guardar el secreto hasta el sábado a las once cuarenta, sé que lo guardará. Diga que sí. Tienda la manecita y prometa.

Ella tendió la mano y dijo:

—Prometo guardar su secreto. ¿Quiere un poco de *whisky*, Kit?

—No me haga creer que bebe usted porquerías.

—Mi tío Elmer envía siempre una caja, y yo guardo algún frasco.

—Gracias. Pero voy a ser abstemio hasta el sábado a las once y cuarenta en que el teniente me echa de Cleveland y contornos. Ahora coja un lápiz y la libreta de secretos.

Joan Farnum abrió el secreter y extrajo una libreta de cierre y cantos dorados. Era su diario. Esperó con el bolígrafo en alto.

Kit Doyle, en toda mujer veía la parte arquitectónica más o menos digna de contemplar. Y nada más.

En Joan Farnum solo veía una mujercita bonita, que sería la magnífica esposa de cualquier oficial detective. Una mujercita ahorradora, seria y acorde con el mobiliario confortable y aburguesado de aquella casita del barrio Bathanan.

Sentado en el sillón protegido por labor de blanco bolillo, dictó:

—Confidencia personal a no revelar hasta el sábado, once cuarenta, si el que dicta no hace acto de presencia ante el teniente Wilcox. Llamemos mi último caso en Cleveland, el caso del ámbar con maleficio. Stela Todd cita el miércoles por la madrugada, en el «Mónaco», un pedazo de ámbar, un fetiche de base rota. Quedamos en que la veré tan pronto pueda. En mi domicilio me espera Bruno Garvin, que intenta asustarme. Lo tengo esposado hasta las once en que me despierto. Me dice que vigilaba a Stela Todd porque veía visiones la muchacha. Le doy suelta, quedándome con su «Colt 38»,

a la que no falta ninguna bala. Voy a ver a Stela Todd. Punto.

Alzó ella el bolígrafo y los ojos. Miraba con rara expresión al que preguntó:

—¿Qué averiguó Wilcox en el salón de las vitrinas de la fotografía?

—Que usted visitó a Bess Gordon a las cinco. Que salió hacia las siete. Y el forense...

—No hacía falta forense. El reloj de Bess marcaba la hora exacta. Ella, al caer, debió dar un golpe contra el suelo.

—El teniente, por segunda vez, fue avisado telefónicamente. El «Lincoln» estaba ante el número seis de Impass Lakewood. El que telefoneó, dijo que vio a Bess Gordon intentando salir y a un hombre impidiéndoselo. Que telefoneaba porque le parecía que el hombre no era de fiar. Que era un vecino que no daba su identidad, porque no quería compromisos. Citó la matrícula del «Lincoln», del que se apeó el hombre poco de fiar.

—Este chivato es el que me interesa atrapar cuanto antes. ¿Qué voz tenía?

—Dijo el teniente que hablaba como un hombre acatarrado.

—O con un pañuelo delante de los labios. La verdadera voz sale por arriba, y el auricular recoge un murmullo ronco. ¿Cabina pública?

—Sí. De Lakewood Avenue.

—Apunte, guapa. Bueno, perdón... No es que no esté usted preciosa, pero las mujercitas de su rarísima condición, tienen el privilegio de disponer de un nombre. Todas las demás son, pues... eso: Guapa, nena, ricura... Usted es Joan. O como dice el teniente: Farnum. Dicto.

En la pausa, Joan Farnum anotó para su uso particular varios signos. Decían: «Soy Farnum. Puedo ser guapa, nena, ricura y como le gustan».

Kit Doyle empezó a decir:

—Buscando relación entre Stela y Garvin, pierdo unas horas. Me entero que Stela era gran amiga de Bess Gordon. Visitó a Bess Gordon a las cinco. Era la que en el «Mónaco», me hizo extraviarme por la niebla, apartándome de Stela. Dice que fue porque yo no estaba en condiciones de enterarme bien de lo que explicaba Stela. Dice que tiene cita inaplazable. Le anuncio que ha muerto Stela, y entonces me suelta que tenía razón Stela. Que Hautlenissei trae maleficio.

Se interrumpió Doyle, porque la mano izquierda de la taquígrafa pedía pausa.

—¿Qué nombre ha dicho, Kit?

Letra por letra lo puntualizó Doyle, prosiguiendo:

—Cometo el error de dejarla acudir a su cita, porque me promete regresar enseguida. Me deja su llave para que la espere. Contemplo figurillas raras con sus leyendas explicadas, y me pillan de sorpresa Bruno Garvin y otro por identificar. Bruno Garvin pretende darme el paseo sin retorno. Gracias a un camión, que obliga al que conduce el coche en que voy en muy mala postura, puedo cogerle el gatillo a Bruno. Se dispara el «Colt 38», y Bruno Garvin queda muerto, y yo vivo. ¿Quién le proporcionó llave a Garvin para entrar en el piso de Bess? Lo averiguaré, con todo lo demás. A las siete menos cinco, entro en el piso de Bess. Hacía muy poco que le habían disparado. Alguien también de confianza, como en el caso Stela, puesto que disparó a quemarropa, sin que ella llevase huellas de haber sido sujeta. Abandono el piso. Veo que hay dos policías esperándome donde suelo cenar, y voy a cenar a otro sitio. Me consta que una figurilla de ámbar que poseía Stela Todd, es la causa y origen de las muertes de Stela Todd y Bess Gordon. He consultado enciclopedia sobre significado palabra Hautlenissei. No aporta luz alguna. Son ahora las nueve cuarenta y ocho. Prosigo mi pesquisa. Punto final.

Cerró Joan su diario, y levantándose, dijo:

—¿Cuándo me dicta lo que sigue, Kit?

—Usted seguramente se desayunará a las siete y treinta.

—Acudo al despacho del teniente a las ocho y quince.

—Pudiera ser que acontecimientos imprevistos, me obligasen a disponer de un sitio seguro, mientras descanso. Si usted abandona este santo hogar a las ocho y quince...

—Dejaré la llave en la rendija bajo el buzón que está en la puerta, Kit. Volveré a la una en punto.

Cerca de la puerta, dijo Doyle:

—Confío en que no le diré nada a Wilcox. No es traicionarle a él. Me concedió cuarenta y ocho horas de permiso para, investigar por mi cuenta y riesgo, sin trabas. Le he dictado esto, por si causas ajenas y superiores a mi voluntad, me impedían proseguir...

Guiñando un ojo, añadió:

—Es usted la primera mujer que me inspira el deseo de beber solo agua con limoncillo. De todos modos, ¿dónde esconde el *whisky*?

—En el armario de la cocina.

—Buenas noches, Joan. Felices sueños, Farnum.

Cerró ella lentamente la puerta. El privado Kit era listísimo. Lo

reconocía el propio Wilcox.

Y el propio Wilcox había adivinado que Farnum estaba enamorada de Kit Doyle. Se había indignado al someter a Farnum a paternal interrogatorio. ¿Cómo podía ella, una mujercita honesta, enamorarse de un cínico borrachín, pendenciero y de mal vivir?

Ella había contestado sencillamente:

—Por esto, señor. Porque yo haría de él un hombre totalmente distinto.

Y tardó en dormirse Joan Farnum. Pensaba en el cínico borrachín, que al hablarle a ella, se convertía en un grandullón protector, de guiño amistoso y sonrisa limpia de todo cinismo.

CAPÍTULO IX

La decoración del «Bar Aventura» era un prodigio de colorines evocando soles, marinas y músicas.

Empezaba en la entrada, con vitrinas a cada lado, transparentando las fotografías de las actantes. La taquillera estaba enclaustrada entre cristales que, además de blindados, tenían pinturas de soles, playas y tocadoras de cítaras, arpas y flautas.

Un dólar la entrada, con derecho a consumición. Recogió Doyle el *ticket*, y un portero, vestido de remero veneciano, apartó su corpulenta humanidad de delante de un cortinaje con la palabra «Aventura» reiterada.

Un corredor con bar, y al fondo, otro cortinaje menos tupido. Bombillas azules y rojas incendiaban sus farolillos de papel, desparramando desde el techo y las paredes algo semejante a soles inundando mares.

Al fondo, un estrado circular con rampa avanzando hasta el final de lo que era pista de baile. A cada lado de la rampa una hilera de mesitas y sillas. Otro espacio vacío, hasta la base de los dos pisos de palcos.

Junto al estrado, dos saxos, un clarinete y un batería, alternaban sus ruidos con las melodías de piano, violín y acordeón.

En el estrado, una guirnalda de siete campesinas sicilianas, bailaba en torno a un fingido estanque.

Instalándose en un palco cercano a la salida de artistas, Kit Doyle meditó que la escenografía tenía también sus misterios. Las campesinas sicilianas tiraban y recogían globitos preciosos en su ronda alrededor del estanque, cuyo surtidor proyectaba un chorro amarillo.

Una Sicilia revisada por un libretista original. Como la napolitana que se asomó tendiendo la mano para recibir el *ticket* y preguntar:

—¿Espumoso, señor?

Tenía un acento netamente californiano. Había superávit de morenas en California.

—Café de mi marca.

—¿Cuál es su marca, señor?

—Amalfi. Carl Amalfi.

La camarera pensó unos instantes, y dijo por fin:

—Amalfi no ha llegado aún, señor. Le sirvo el café: Kit Doyle vio desfilar por la rampa a las siete sicilianas, que lo eran porque una tela rosa que rodeaba su cintura, ostentaba su provisional nacionalidad.

Bastantes provincianos, en viaje de negocios, con parejas eventuales. Se fueron las sicilianas, y la orquesta preludió con redoble circense la aparición de Nela Romana.

Kit Doyle, que olía el café recién colocado ante él, soltó la taza, y recordó un dibujo animado en que al gato se le desprendían los ojos, vibrando al extremo de unos muelles disparados.

Nela Romana había sido anunciada por el redoble, y la combinación luminosa que se encendió en el recuadro de cita de las atracciones que se sucedían en el estrado.

Kit Doyle había visto mujeres más bonitas que Nela Romana, pero ninguna con tanto «Sexy». Alta, de estrechísimo talle, pierna larga, enfundaba su cuerpo, desde la garganta a los tobillos, en un tejido de mallas imitando la piel de una serpiente.

El largo cabello negrísimo ondulaba también serpenteante. Un rostro finamente moldeado en frente, nariz y barbilla.

Macizo y sensual en labios, pómulos y expresión. Grandes ojos verdi-azules. Permaneció unos instantes como invocando a cualquier espíritu maligno, y sus brazos en alto, serpentearon.

La música de violines era casi un susurro. Nela Romana se convirtió en rueda. Fue arqueándose hacia atrás, y su rostro asomó por entre sus piernas.

Generalmente las contorsionistas, le producían a Kit Doyle una molestia en la osamenta. Pero Nela Romana se contorsionaba con flexible elasticidad.

Terminó en graciosa parodia de un *bugui* desenfrenado. Y mientras recorría la pasarela, exhibía con orgullo su perfecta anatomía serpentina. Kit Doyle barajó mentalmente varios detalles sobresalientes en estrellas del cine para obtener un conjunto que se aproximara a Nela Romana.

La sensualidad facial de Lana Turner, la ágil figura de Esther Williams y el busto de Jane Russell.

Al desaparecer Nela Romana, se llevó Doyle un disgusto.

Por el contraste.

El hombre que acababa de entrar en el palco, podía ser mil cosas, menos agradable.

Barrigudo, brazos cortos, nariz gruesa, y labios delgados. Crespo cabello negro. Vestía de azul oscuro hasta la camisa, y por ello

sobresalía la corbata amarilla, en la que brillaba la quincalla de una herradura, como alfiler.

Pero eran sobre todo los ojos lo que desagradaban. Ojillos de cerdo digiriendo pesadamente una comida fangosa y maloliente. La boca, pequeña, en el rostro largo y ancho, mostraba en rictus, el oro de la dentadura.

—Pidió usted café de una marca inexistente, que yo sepa.

Kit Doyle señaló una silla al otro lado de la mesita.

—Hola, Amalfi. Esta mañana le di café a Bruno. Y he venido a ver qué tal estás.

Carl Amalfi, sin sentarse, permaneció con las manos hundidas en los bolsillos de su cruzada americana. Dijo roncamente:

—No recuerdo en qué pesebre comimos juntos.

—Haz memoria, Dumbo. Esta tarde, a eso de las cinco y media. Tu nariz es lo más parecido a una trompa de proboscídeo, que creo que es así como llaman a los elefantes. La herradura esa te trae maleficio. También la vi cuando me hincabas una culata en el estómago.

Carl Amalfi habló como un hombre aburrido:

—Pensé que era una persona consciente la que me llamaba. Comprobado que es un gracioso sin gracia, nada me retiene aquí, que yo sepa.

—Lo que tú sabes, también lo sé, Dumbo. Con una gracia que ignoras y te causará mucha gracia. Estuviste esperando a Bruno. Y Bruno sin venir. Lo tenía todo a su favor. No supo aprovecharlo. Me estás viendo. ¿Y de Bruno, qué?

Carl Amalfi siguió aburrido. Pero sus ojillos condensaban varias sentencias de muerte. El momento de aplicarlas no era el adecuado...

—Te doy permiso para llevarte la tripita a otro palco, Cumbo. No me iré sin despedirme de ti. Te lo prometo. Por ahora, prefiero ver figuras más apetitosas que la tuya y que... la bayadera de ámbar.

Los ojillos porcinos tuvieron destello de humana inteligencia a la mención de la bayadera de ámbar.

Pero Carl Amalfi dio media vuelta y abandonó el palco. Esperó unos segundos Doyle para hacer lo mismo.

Carl Amalfi, de estrechos, pero macizos hombros, se internaba por el pasillo conducente a los camerinos.

Penetró en uno donde ya se hallaban varios comparsas cambiándose la indumentaria.

Desde la abierta puerta, vio Doyle al ítalo-yanqui, sentarse ante un espejo. Le tocaba ser remero veneciano en el cuadro de las

góndolas escandalosas.

Kit Doyle siguió pasillo adelante.

Una florista de cualquier región meridional, bajaba la escalera de caracol procedente del estrado.

—¿Nela Romana? —preguntó Doyle.

—Ocho. ¡Eh! Mis claveles...

—Falsos. De papel. Este es mejor papel.

En la cesta, a cambio del manojo de claveles artificiales, depositó Doyle un dólar. Pagaba Bruno Garvin.

Llamó a la puerta número ocho.

Abrió Nela Romana. Un vestido sedoso, color naranja, con pechera blanca a tenues rayas. Exactamente un arpa aquel pecherín maravilloso, pensó Doyle, tendiendo el ramo de claveles artificiales.

Ella le miró en silencio, ladeando la cabeza.

—«Mi piache lei», Nela.

—Entiendo perfectamente el lenguaje corriente, joven.

Una voz pastosa, sutilmente vibrante. La clase de voz que correspondía a aquel prodigio de sensualidad.

Unos treinta añosazonados. Ojazos donde el azul era romántico, y el verde inquietante.

—Sonará estúpido, Nela, pero desde mis tiempos lejanos de poeta adolescente, no me pasaba esto que ahora tengo debajo del nudo de la corbata. Me llamo Kit.

Cogió ella los claveles, los acercó a su nariz, y dijo:

—Me halaga su declaración, Kit. Y ahora, si quita el pie, podré cerrar la puerta.

—De acuerdo, Nela. Ya puede cerrar.

Kit Doyle entró. Y ella no cerró la puerta. Tiró los claveles sobre el mármol del tocador. Dijo gravemente:

—Existe una lamentable confusión entre ambos, Kit. No me gustan los grandullones que se imaginan conquistadores.

—¡Pobre de mí! Al entrar en este local, pensaba en cosas muy distintas a enamorarme de repente. Pero se asomó usted, empecé a desparramar fluido y por si moría antes de amanecer, quise llevarme tu imagen en las pupilas.

—Dice usted tonterías, y no sé por qué le escucho —declaró ella, sentándose en el escabel ante el espejo.

Aplicó una borla a sus mejillas.

Kit Doyle se sentó a un lado, tras apartar la funda de mallas. El perfil no desmerecía de la fachada.

Naricita breve, pestañas naturales en su ardo, y labios como pulpa de fresa.

—Me escuchas porque adivinas que soy sincero, Nela. Es la primera vez que permanezco más de dos minutos en este local. Y ahora quisiera haberte conocido hace años. Esta noche, precisamente esta noche, tuviste que aparecer en mi existencia.

Dejó ella de manipular la borla y cogió un pincelito de un tarro que parecía un grueso granate de facetas viscosas.

Empleaba líquido para carminarse los labios. Gran idea, porque al secarse no manchaba.

—Voy a esperar a morirme, a que vuelvas a serpentear.

Sumergió ella el pincelito —tapón en el tarro—, y volviéndose de lado, cruzó las manos, en torno a sus rodillas satinadas por el nylon. Tenía la mirada profunda, meditativa. El escabel en que se sentaba era bajo, y tenía que alzar el rostro para contemplar al visitante.

—Usted es un hombre intrigante, Kit. Puede que intente hacerse el interesante, pero habla como si realmente tuviera que morirse... Y suena estúpidamente, como dijo usted al entrar.

—Pero es una posible verdad. ¿Ya no actúas más esta noche?

—No. Me voy a cenar solita, a mi casa. Mañana, si usted quiere, podemos vernos. Ignoro el motivo, pero hay algo en usted que me intriga.

—La sinceridad que reboso, y va de veras. ¿Dónde cena?

Sonrió ella por vez primera. Se transformaba en riente muchacha encantadora.

—Sesenta y seis Ceddar Alley.

Kit Doyle evocó la alameda exterior de «cabinrush». Casitas con lo estricto para dos personas máximo. Alquiladas por trimestres, a precios altos. Una alameda tranquila, alejada de humos y ruidos industriales.

—Te acompañaría hasta la misma puerta del sesenta y seis, si no fuera porque tengo una cita anterior.

—¿Sí?

—Con todo lo contrario de lo que representa alegría de mirar. Un tal Carl Amalfi. Me extraña que no lo hayan encerrado en el Zoo.

Hizo ella una mueca de repulsión, antes de declarar:

—Lo que a mí me extraña es que nadie haya pensado en extender a Amalfi sobre un poco de tierra para que crezcan más deprisa las hortalizas. Esto dicen las chicas que ha intentado conquistar.

—¿Lo intentó contigo?

—Sabe muy bien que yo no soy más que una artista. Gano lo suficiente como atracción única para no tener que soportar a nadie,

y menos a inmundos pistoleros como él...

—¡Gazmoña del demonio!

Una imprecación que coincidió con el empujón a la puerta entornada, y con su disfraz de gondolero, Carl Amalfi estaba grotesco.

Pero sostenía en la velluda diestra un «Colt», también calibre .38, meditó Doyle poniéndose en pie.

—¡Lárgate! —conminó Amalfi—. Tengo una cuenta que liquidar con este tipo.

Nela Romana parecía adormilada. Dijo con lentitud:

—Eres un fantoche, Amalfi. Un día de estos te denunciaré al dueño. Siempre pretendes asustar.

Carl Amalfi no apartaba sus ojillos de Doyle, que manifestó:

—Disparar ante testigos es la idiotez que no cometes ni tú mismo, Dumbo.

Un rictus exhibió los aurificados incisivos de Amalfi.

—Has adivinado que no queremos testigos. Sal fuera...

De pronto, la diestra de Nela describió una breve trayectoria. Contenía el tarro de carmín líquido, que se estrelló contra la nariz de Amalfi entre los dos ojos.

Kit saltó avanzando las dos manos.

Levantó el puño armado del que, embadurnado con carmín, y sangrando por la nariz, se tambaleó a uno y otro lado.

Alcanzado primero por el golpe del cañón de su «Colt 38», bajó la barbilla, y después por un puñetazo en la sien.

Salió ella corriendo, tras exclamar:

—¡Un «Talbot», a la salida!

—¡César! ¡Gian...! —gritó Amalfi.

Se inclinó hacia delante repentinamente.

Kit Doyle hundía en su estómago la culata del «Colt», arrancado de la diestra de Amalfi.

La culata bien asida, duplicaba el puñetazo lateral. Exactamente la devolución del trato recibido horas antes.

Pero acudían corriendo y las suelas reproducían el eco de corpulencias. Seguramente comparsas encargados de poner orden en cualquier trifulca.

Kit Doyle colocó el puño izquierdo en la carótida de Amalfi, que se derrumbó a un lado.

Al salir al corredor, Doyle entró en colisión con el primero de los que acudían a la llamada de auxilio.

Siguió empleando el «Colt» de Amalfi.

La culata chocó contra la nuez del corpulento italiano, que

retrocedió tosiendo ahogadamente.

Esquivó Doyle la embestida de otro, y abalanzándose subió por la escalera de caracol. Penetró en tromba entre un coro de cantantes de tarantela. Por unos instantes entre el público, pareció que aquel bólido humano era una atracción cómica.

Saltaba de la rampa, sobre una mesita que se rompió en estallido. Y corría en «sprint» hacia el cortinaje de salida.

Kit Doyle pasó con la misma celeridad ante el bar del vestíbulo, y ante el portero, que reaccionó cuando ya aquel cliente, acometido de un afán de vertiginosa prisa, llegaba a la acera.

La taquillera chilló.

Chillaron los frenos del dos plazas «Talbot», y Doyle saltó al estribo, abriendo la portezuela.

Nela aceleró de nuevo, y al sentarse dijo Doyle, resoplando:

—Me deleitará verte cenar, Nela.

CAPÍTULO X

Aminoró ella la marcha, cuando el «Talbot» se aproximaba al cruce de Jefferson, que remontó. Se había echado sobre los hombros un abrigo «beige».

—Iba en serio Amalfi —dijo de pronto, al permanecer silencioso él.

—Creo que sí. Y me temo que te he complicado la existencia, Nela.

—Hace tiempo que le había prometido un mal golpe, porque me importunaba. Y le diré a Ventura que no pienso seguir actuando, si no despide a Amalfi. Es un mal hombre. Tanto él como Bruno Garvin, su amigo.

—¿Sabes dónde tiene su guarida Amalfi?

—En los altos del local. Con mucho personal del teatro. Y pienso decirle a Ventura que esta vez no pretendía Amalfi asustar, sino que iba a disparar. No le convendrá a Ventura tener un *gangster* entre el personal.

—¿Qué tal es Ventura?

—Correcto. Se murmura que hace años fue un aventurero. Pero es inteligente y desde que adquirió el teatro, se limita a su negocio. ¿Por qué quería Amalfi matarte?

Kit Doyle emitió un silbido.

—Cada cual con sus secretos, Kit —dijo ella—. Me halaga ahora más todavía que sabiendo que corrías peligro, vinieses a regalarme unas flores.

—De papel parafinado. Pero la intención las convierte en legítimo jardín. Me vieron saltar al «Talbot».

—Pero nadie sabe mi dirección. No la doy nunca, y así me evito molestias. Lo creas o no, soy simplemente una artista.

—Te creo, porque necesito creer en ti, Nela. Tu apellido es precioso.

—Pero de tablas. Me lo impuso así el agente que me contrató excelentemente para el «Aventura». Mi apellido es Gregor. Anabel Gregor.

—Prefiero Nela, ya que me temo que poco durará nuestra relación.

Ella conducía con precisión de larga práctica. Murmuró:

—Si pudiera ayudarte en algo...

—Ya lo hiciste dándome la ocasión de poder evitar que Carl me sacase fuera. No hubiese disparado delante de ti. Vives en un sitio ideal.

La Rush Alley equivalía al Montparnasse parisino. Gente de teatro, y todas las artes. Los cedros la identificaban, pera para los nativos de Cleveland, aquella alameda era la Babilonia de una población flotante compuesta por gente absurda.

Gente que no seguía el horario industrial. Cuando el lechero empezaba su reparto, aquella gente de Ceddar Alley empezaba a pensar en dormir. Las casitas de elemental estructura, con su recuadro de jardín, estaban iluminadas casi todas. En alguna, la reunión de varias personas, convertía en camarote superpoblado el escaso espacio.

Dejó ella su coche en uno de los garajes de alquiler, y a pie atravesaron ambos la alameda. Era maravilloso el equilibrio armónico de la bien proporcionada acróbata, pensó Doyle.

Entró en la única sala del número 66. Una estancia grande, con cocina y cuarto de baño anexas. Servía de alcoba el fondo de la estancia, con un gran biombo separatorio.

Un amplio diván tapizado en azul claro con dos sillones de juego, y una mesa de banquetas junto a la abertura de comunicación con la cocina eléctrica.

Tiró ella el abrigo sobre un sillón. Se volvió señalando la mesita.

—Prepararé un coctel, y así podré dedicarme a preparar mi cena. Me agrada tu modo de ser, Kit.

Pasó ella a la cocina, mientras Doyle atinaba al primer intento en colgar su sombrero de una cabeza de ciervo adornando un tabique.

Regresó ella de la cocina, colocando sobre la mesita la licorera y el *shaker*.

—¿Martini, Alexandra?

—A tu gusto, Nela. ¿Cómo es posible que no estés casada?

—Supongo que la guerra tuvo la culpa. ¿Y tú?

—También. Perdí los mejores años de mi vida allá.

Ella mezcló Bacardí, menta y angostura. Mientras sacudía, la coctelera, dijo:

—Sabes que soy contorsionista. Ignoro cuál es tu profesión.

—Detective privado.

—Debí figurármelo. ¿Qué ha hecho Carl?

—Eso quiero intentar averiguarlo.

Bebió ella un sorbo, y pasó de nuevo a la cocina. Minutos después, al salir, fue colocando sobre la mesita varios platos de

cristal, con diversas combinaciones de fiambres y conservas.

—Si Ventura se entera que Amalfi anda en malos pasos, se enojará, porque ya les avisó a todos. A cualquiera del personal que diera un tropiezo, lo echaba.

—Sin embargo, parece ser que Amalfi circula libremente con su revólver.

—Resabios de perdonavidas. Él, César y Gianini, son como si dijéramos los tres guardianes del orden. Telefonaré a Ventura, explicándole que Amalfi entró amenazando.

—No es preciso. Voy a volver allá.

Dejó ella en suspenso el tenedor, mirando asombrada a Doyle.

—Entonces, ¿por qué saliste huyendo, Kit?

—Retirada estratégica, lo llamaba mi sargento.

Acabó Doyle de prepararse otro coctel, y lo apuró. Levantándose, recorrió la estancia. Después, fue a sentarse en el diván y dijo:

—Las pocas veces que entré en el «Aventura» no podía figurarme que allí estaba la mujer de mis sueños.

—Vine de Francia hace apenas un mes. Contratada por seis meses. ¿Por qué estás tan fúnebre, Kit? Aludiste a morir...

Kit Doyle alzó las manos en gesto que acompañó con encogimiento de hombros.

—Presentimientos basados en una realidad. Persigo la pista de algo ridículo. Un objeto por el que ya han muerto en un lapso de diez horas, dos mujeres y un entrometido como yo. Al entrometido lo conocía Carl Amalfi. Y lo peor es que tengo la certeza que por el solo hecho de saber ya por qué murieron ellas dos, me pende de un hilillo la piel. Por esta misma razón, no te puedo contar más. Ya tengo la certeza, sin saber la causa, de que cuantos conozcan la existencia de cierto cacharrito extravagante, son un mal negocio para las compañías de Seguros.

Levantándose, se aproximó a ella, y al detenerse frente al diván, dijo:

—Hay un método sencillo de evitarte el peligro, Kit. Avisa a la policía contándoles lo que sepas.

Rio Doyle.

—Sería una deshonra, y además existe un inconveniente. Desde esta tarde, a las siete, la policía me anda buscando. Equivocadamente, me suponen mezclado en las muertes que te he citado. Pero ante un tribunal iba yo a pasarlas peor que libre. Al menos, libre, puedo indagar.

Se sentó ella y sonrió mirándole fijamente:

—Te he de recordar siempre como desde el primer momento en

que te vi. Tendiéndome unas flores, guiñándome y, a la vez, muy serio, casi temblorosa la voz.

—Flechazo. Si en un momento de apuro, te pidiese alojamiento, ¿qué me contestarías?

—Este es un diván-cama, Kit. Fraternalmente... te lo cedo.

—Fraternalmente, ¿por qué?

—Eres enemigo de mis enemigos. Tanto Amalfi como Garvin me odian y les correspondo Todo empezó cuando los denuncié a Ventura porque no me dejaban en paz. Y odio al que me confunda... Soy simplemente una artista, sola y sin amistades.

Alargó Doyle su brazo derecho, enlazando por los hombros a Nela Gregor. Y dijo:

—Fraternalmente, Nela. ¿Me dejas tu «Talbot»? Solo, sin ti.

—Telefonaré al garajista.

—Eres deliciosa. Comprensiva, poco preguntona y, si tengo suerte, no me iré de Cleveland sin hacerte una pregunta seria.

—¿Por qué has de irte de Cleveland?

—Aunque demuestre que yo no participé en la matanza del ámbar, la policía me echará.

—¿Ámbar?

—Te lo contaré más tarde. ¿Dónde podría hablar con Gene Ventura sin estorbos?

Miró ella su reloj pulsera.

—Hacia las doce, toma lo que llama su tentempié en el pequeño restaurante del primer piso.

Kit Doyle susurró:

—Fraternalmente.

Ella permaneció quieta, mientras los labios le rozaban la mejilla. Y al levantarse Doyle, sonrió aplicándose un dedo a los labios.

—Amuleto de suerte, Nela.

—Que te deseo de veras. A cualquier hora, sea la que sea, sabré que eres tú, si golpeas aquel cristal. Como en Morse. Largo, corto, largo. Tres repiques, pausa, un repique, pausa, tres repiques.

—«S. O. S.». Simbólico. Estaba al borde del naufragio de soledad, cuando me tropecé con un pedazo de ámbar. Y si para otros es una maldición, para mí el ámbar es amuleto, ya que así te he conocido. Hasta pronto, Nela.

Ella le precedió, abriendo. Y se miraron en silencio. Pestañeó Nela Gregor.

Kit Doyle no tuvo que inclinarse. Un beso suave, casi fraternal... Pero en la calle, fue él quien pestañeó repetidamente.

Como abanicando la oleada ardiente que le envolvía.

El garajista nocturno colgaba el teléfono cuando él entraba. Y señaló el «Talbot». Se le veía en el rostro una expresión de envidia...
Conduciendo, Kit Doyle silbaba alegremente.

CAPÍTULO XI

Jack Roberts era fácil de encontrar. Bastaba telefonar a cualquier club nocturno de categoría. Y detuvo Doyle el «Talbot» ante el toldo de salida del «411».

El periodista, instalándose a su lado, esperó a que pusiera de nuevo en marcha, para comentar:

—Te he sacrificado la compañía de la hija de Archibald Pinkerton, el magnate de las correas transmisoras. Una preciosidad que terminará mal porque es muy curiosa. Y estoy esperando el momento que dé el traspies.

—Buitre —sonrió Doyle—. Revolotea ahora un poco en torno a mi curiosidad. ¿No hueles a cadaverina?

—Un poco. Han venido a preguntarme si te había visto. Ayudantes del teniente Wilcox. Dije que no. ¿En qué laberinto te has metido, fenómeno?

—Ni yo mismo lo sé. Lo que he de pedirte es sencillo. Cuando yo baje del coche, tú lo llevas al aparcamiento frente al «Bar Ventura». Aguardas diez minutos. Después, te llevas el «Talbot» al garaje de Ceddar Alley, número 67 bis. Coges un taxi, por mi cuenta, y se acabó.

Jack Roberts, uniendo las yemas de los dedos, fingió aplaudir, mientras decía:

—Y ahora, señoras y caballeros, les presento otro número tan pletórico de evidencias como el reciente.

—Seré del todo explícito, el sábado, a las once cuarenta. Por ahora, navego un poco dando palos de ciego.

—«Bar Aventura» —dijo Jack Roberts.

Apeándose, pasó Doyle al otro lado, mientras se instalaba tras el volante el periodista.

—Y si alguien te pregunta, no sabes nada de nada, Jack.

—Por vez primera diré una verdad aplastante. O sea, que aparco allí, espero diez minutos, llevo el coche al 67 bis Ceddar Alley, cojo un taxi, que no me pagarás, y a esperar que vuelvas a tomarme por conejito de tus juegos de ilusionista.

—Exacto, Jack. Podrás aún revolotear en torno a la hija de Pinkerton.

La taquillera tosió significativamente para reclamar la atención del portero. Kit Doyle no pagó.

Y la sonrisa profesional del portero se trocó en mueca de asombro.

—¡Hola! ¿Se acuerda usted de mí, Dux?

El remero veneciano asintió receloso.

Señaló Doyle hacia el aparcamiento:

—En aquel «Talbot» hay un amigo mío que avisará a la policía si me impiden pasear por el local. Transmita el chisme.

—Se hará lo que toca hacer —aseguró el portero, cediendo el paso.

En el bar, se apiñaban congresistas con la escarapela en la solapa de una asociación de tejedores. Batían su pleno los *barman*.

Al apartar la segunda cortina, permaneció Doyle unos instantes examinando el panorama. La pasarela extensible se había replegado. En la doble pista que quedaba entre las mesitas, bailaban a los compases de saxo, batería y clarinetes.

Tenía mucha clientela a la medianoche el «Bar Aventura». Un ambiente ruidoso.

Un sujeto de hombros macizos, con chaquetilla blanca, negro pantalón dejó sobre una mesita, el cubo de champaña.

Se aproximó. Sobresalía levemente de la tirilla de celuloide, una venda. Al quedar junto a Doyle, masculló unas palabras.

Era César o Gianini, pero lo que sí era seguro es que se trataba del que recibió el culatazo en la nuez.

—Más fuerte, camarero —sonrió Doyle—. Más fuerte, que no me entero.

—Hijo de perra —repitió confidencialmente Enzo Gianini.

Sus negros ojos relucían rencorosos.

—Estás acatarrado —dijo doctoralmente Doyle—. No me mires así, que me escalofrías, César.

—Enzo Gianini, para que me recuerdes bien.

—Estás afónico, camarero. Condúceme ante el dueño.

Gianini echó a andar con rapidez hacia una escalera. En los peldaños, Doyle dejó un intervalo prudente de distancia.

En otra ocasión precedente y bastante parecida, había recibido un taconazo en pleno pecho.

Pero Gianini debía tener sus horas extra para estos asuntos, cuando no le justificaban su actuación.

Empujó una cristalera en un entrante del pasillo del primer piso.

Kit Doyle examinó el restaurante. Seis mesas, muchos espejos, y otra sala contigua.

Enzo Gianini se dirigió al único comensal, que estaba saboreando en alto vaso, lo que parecía ser vermut.

Alto y corpulento, el único cliente del restaurante tenía un rostro sonrosado, cabellos de un rubio cenizoso partidos en dos por una raya en medio.

Un traje negro de tenues rayitas blancas, camisa sedosa, corbata mariposa gris perla, zapatos tafilete, calcetines de seda. Un galán maduro.

Fijó los ojos de un claro azul en Enzo Gianini, que se inclinaba. Lo despidió con gesto autoritario.

Al pasar junto a Doyle, dijo Gianini con afonía persistente:

—Nos volveremos a ver.

—No lo dudes ni un segundo. Las pastillas de goma balsámicas, van de perilla, si te soplas un kilo sin respirar.

Avanzó Doyle hacia la mesa. El rubio elegante, se levantó, señalando a su lado, una silla de otra mesa.

—Buenas noches. Creo que desea hablar conmigo.

—Si usted es Gene Ventura, sí.

—Soy yo.

Atrajo Doyle la silla, sentándose frente al dueño del local.

Gene Ventura aplicó la palma sobre un timbre de mesa. Apareció de la sala contigua un camarero, que parecía, pese a su corpulencia, deslizarse sobre patines de rueda, en su apresuramiento.

—¿Jerez? —inquirió Ventura.

—Prefiero Bourbon.

—Bourbon para el señor, César. Para mí, jerez, y «mariscada».

Repitió César Chiesa su exhibición de deslizamiento, y el florentino añadió:

—Nada mejor que las ostras para esclarecer el cerebro, señor Doyle. Me ha contado Amalfi una serie de incongruencias. Me ha mentido, pero en consideración a que necesitaba unas horas de reposo, he transigido en espera de saber lo que sucede.

—A esto vine. ¿Sabe cuál es mi profesión?

—Detective privado.

—Mi gremio no debe serle simpático.

Gene Ventura no se esforzaba en aparecer indiferente. Unos cuarenta y cinco años, calculó Doyle, vividos intensamente.

—Hubo un tiempo en que les consideraba desagradables. Pero cada cual debe ganarse el sustento como mejor puede.

Reapareció César, y con destreza, distribuyó copas, frascos, y el servicio en torno a la cesta de cristal, con sus conchas conteniendo ostras abiertas, langostinos en canapé, rizos de mantequilla y pan tostado. Se marchó, empujando el carrito, y comentó Doyle:

—Un mayordomo de película. También sirve para embestir.

—Usted soslayó la embestida. Si no considera excesiva mi curiosidad, no me desagradaría saber lo que le inspiró el vehemente deseo de abandonar velozmente mi local.

—Un afán elemental. Llevaba todas las de perder, si Gianini o el mayordomo ese me atrapaban. Al que escandaliza en camerinos, le pueden zumbar de lo lindo, sin que pague la clínica el dueño.

Gene Ventura manejaba el tridente y el cuchillo con gran pulcritud. Sorbía las ostras con envidiable distinción.

Bebiendo su segundo «whisky», Kit Doyle se encontró deliciosamente eufórico.

—Corrijame si me equivoco, Ventura. Usted aspira a la respetabilidad.

—Así es. Le corrijo. No aspiro a lo que ya tengo ganado.

—Es decir, que si antes traficaba con asiduidad, ahora lo hace por etapas, ¿no?

Gene Ventura se limpió los labios, antes de beber un poco de jerez. Al dejar la copa, afirmó:

—Hace tiempo que tengo el dinero suficiente para solo traficar en negocios legales, controlados y bien visibles.

—Pero tiene entre su personal, pistoleros.

—Redimidos. Si se refiere a Garvin, Amalfi, Gianini y Chiesa, fueron pecadores. Son italianos como yo, y les he dado un trabajo decente.

—Con esta herramienta.

Kit Doyle colocó sobre la mesa un «Colt 38». Añadió:

—Es de la casa. Pertenece a Carl Amalfi.

—Tiene licencia. No ignora usted que a veces hay aprendices de *gangster*, que creen todavía que en Cleveland pueden repetirse faenas como en la década del 25 al 35.

Al timbrazo había acudido César Chiesa, quien a una señal recogió el «Colt».

—De Carl. Cierra esta puerta y la de comunicación, César. Se sirve en la otra sala.

Obedeció Chiesa con prontitud. Vacío Doyle su tercer *whisky*.

—Carl penetró en el camerino esgrimiendo un arma sospechosa. No porque puede matar a quién la emplea, sino porque ha causado ya dos muertes. Pero le estoy relatando los acontecimientos por el final.

—Cuénteme solo lo que me incumba. Por de pronto, Carl Amalfi ya no trabaja en mi local. No sabe dominar su mal genio. Debió encreparle verle a usted con Nela.

—Me gusta horrores Nela Gregor. Y parece ser que le caí bien.

—Lo celebro. Bebe usted como un cosaco, Doyle.

—Y usted traga fósforo que es un contento verle. ¿Tiene idea de dónde anda Garvin?

—Aquí empezaron las incongruencias de Carl. Pretende que usted mató a Bruno Garvin.

—Esta madrugada, Garvin, que me había robado la llave duplicada, me esperaba en mi domicilio. Me atizó un toque. Y pude amarrarlo en la bañera, hasta que desperté. Necesitaba mucho despejarme la sesera. A las once, me dijo que me apartase de una chica llamada Stela Todd.

—He leído algo referente a ella.

Apartó Ventura la cesta de cristal, y toda su elegancia desapareció. Se enjuagaba la boca con un sorbo de jerez. Y al terminar, dijo:

—El mejor dentífrico.

—Prefiero el Bourbon. Decía que Garvin pretendió apartarme de Stela. Induciéndome, por lo tanto, a ir a verla. Fui. Estaba muerta. El teniente Wilcox me miró mal. Pero pude salir del apuro. Usted ya sabe lo que pasa cuando uno se emborracha. Mientras, no se entiende nada. Se limita uno a escuchar. Al día siguiente, vuelven los ecos, y se asimila. Stela Todd me habló de una figurilla de ámbar.

Gene Ventura cerró el encendedor, y exhaló el humo del habano, manteniéndolo mordido con los incisivos.

Sus claros ojos azules expresaban indiferencia. Miraba al bebedor de *whisky* como quien contempla a un objeto difícil de catalogar.

—A las cinco de la tarde fui a visitar a Bess Gordon, últimamente la gran amiga de Stela. También ella creía en el maleficio de la figurilla de ámbar.

—¿Por qué me cuenta a mí todo eso?

—Por la intervención de dos de su personal.

—Si una de las bailarinas, se casa con un bígamo, o una artista se enamora de usted, lo lamento, pero no me incumbe.

Rio Doyle con sarcasmo evidente.

—Se lo explico para que comprenda que Amalfi no dice incongruencias. Estaba yo en el piso de Bess Gordon, esperando que volviera de una cita, y que siguiera hablándome del ámbar maldito, cuando entre Garvín y Amalfi me convirtieron por sorpresa en un fardo ambulante. Amalfi se fue, aunque tengo quien le identificó, y Bruno se dispuso a liquidar a un inocente taxista. Se lo

impedí. Puede también borrar del personal a Bruno Garvin. Pero con una cruz y las tres mayúsculas de rigor. R. I. P.

—Apenas abandone usted esta sala, telefonearé a la policía, transmitiendo lo que acaba de decirme.

Kit Doyle tendió la mano hacia un punto vago.

—Ande, telefonee ya.

—Supongo que usted se amparará en la legítima defensa, pero a mí me interesa dejar bien esclarecido que no tengo responsabilidad alguna por lo que privadamente y fuera de mi establecimiento, puedan hacer mis empleados.

—Comprendo su punto de vista. Y ya que estima su honorabilidad actual, facilíteme una entrevista con Amalfi.

—Mañana, a las once. Antes no puede ser.

—¿Por qué?

Gene Ventura hablaba mordiendo habano y palabras:

—Ignora usted su propia contundencia, Doyle. Aparte la nariz rota, Carl tiene conmoción y solo pudo decir unas incongruencias antes que la ambulancia lo transportase a la clínica Everton. Lo anestesiaron para operarle de fractura facial.

Kit Doyle se levantó tras apurar el quinto «highball» seco, sin soda.

—Encantado de haberle conocido, Ventura.

—Le acompañaré hasta la salida. Es preferible.

La vida reposada había dado leves adiposidades al florentino, pero seguía aún siendo capaz de tumbar a un hombre desprevenido de un solo puñetazo.

Pero Gene Ventura ya había prescindido de golpear personalmente, pensó Doyle, al llegar al vestíbulo de salida.

Gene Ventura hizo una seña y el portero acudió presuroso.

—Siempre que el señor Doyle venga a visitarnos, es invitado de la casa. Buenas noches, señor Doyle.

—Beso su mano, señor Ventura.

En la acera, Kit Doyle esperó el taxi que había llamado el portero con su silbato.

Al entrar, dijo mirando al chófer, pero lo suficientemente alto para que le oyera el portero:

—Al «Mónaco», Johnny.

CAPÍTULO XII

Bajó del taxi, pagó y esperó a que se alejase. No había niebla cerrada sino leves vellones blanquecino» aquella noche del jueves. No entró en el «Mónaco».

Utilizó otro taxi, y se apeó ante la Clínica Everton.

—Aguárdeme, Johnny.

La enfermera de servicio examinó el carnet que mostraba Doyle. Habló por un dictáfono:

—Un detective solicita visitar a Carl Amalfi, número 55, doctor.

—Bien. Que pase a verme.

Señaló ella una puerta, y Kit Doyle volvió a mostrar su carnet a un individuo de blanca bata, y rostro poco amable.

—Oficialmente, no está usted autorizado a visitar a nadie en esta clínica, señor Doyle.

—De acuerdo, doctor. Es como mi título, privadamente, que quiero ver a Amalfi.

—No recobraré el sentido hasta media mañana.

—Quiero solo verle, no hablarle, ni oírle.

—Bien. Ya que está aquí, puede mirar al número 55.

El doctor precedió a Doyle hasta una habitación del tercer piso. Se mantuvo a un lado de la cama en que yacía Amalfi, vendada cabeza y parte del rostro.

Kit Doyle, inclinado, reconoció a Amalfi, cuya respiración era muy tenue. Al incorporarse, dijo.

—Le agradecería enormemente poder echar un vistazo al parte de entrada.

—No hay inconveniente.

En su despacho, el médico recurrió a un archivero, y sacó una cartulina.

Leyó:

«11 h. 10. Ingresa Carl Amalfi, procedente número 97, bajos, Bolton Avenue. Solicitud de ambulancia desde misma dirección. Fractura frontal, contusiones inciso-cortantes nariz, magullamiento maxilar, fractura base esternón. Intervención de urgencia».

—Este es el parte clínico, doctor.

—La policía tenía ya su informe. Nos lo comunicó, cuando le telefoneamos. Puede enterarse en la Inspección de guardia, calle Catorce.

—Yo fui el último en ver en pie a Amalfi. Tenía la frente intacta.

—Pues precisamente es la fractura frontal la que puede muy bien impedir que el número 55 recupere el sentido. Fue un culatazo repetido.

—¿Podía hablar Amalfi tras recibir este doble culatazo?

—Podía o no. Se dan casos. De todos modos, si habló no coordinaría.

—Gracias, doctor.

En el taxi, Kit Doyle trató de coordinar. Los primeros en acudir habían sido Enzo Gianini y César Chiesa. Pero Gianini estaba con la garganta contraída desagradablemente.

César Chiesa servía personalmente a Gene Ventura.

El taxi se detuvo cerca de un garaje de la Bolton Avenue. Desde el bar de la acera enfrente, telefoneó Doyle.

Un soñoliento mecánico dijo que era el garaje Swanson.

—... Quiero alquilar un «Lincoln», modelo Swift.

—... Tenemos dos de modelo más reciente.

—... Un conocido mío me informó que lo encontraría en su garaje.

—... Está. Pero lo selló la policía. Oiga...

Colgó Doyle. El viejo Wilcox había cumplido con su deber.

* * *

Arañó suavemente, antes de repicar tres veces consecutivas, espaciando para ir transmitiendo la señal convenida.

Se abrió la puerta. Una cadenilla la mantenía entornada. Entre gasas rojas, vio destellar el acero de una pequeña pistola.

Colgó la cadenilla con garfio y, entrando, cerró Doyle.

Silbó admirado. Nela Gregor dijo:

—No podía dormir, Kit.

Seguía sosteniendo la pequeña automática. Suelos los cabellos negríssimos en torno al blanco rostro, cayéndole sobre la gasa, Nela Gregor era la viva imagen de la seducción paradisíaca.

—¿Cuántos conocemos el «S. O. S.»?

—Tú solo, Kit. Pero pensé que podía ser un ardid de Amalfi, que pudo oír mi dirección y pudo también espiar...

—Amalfi está en una clínica, echo papilla.

Doyle señaló la coctelera sobre la mesita.

—Un tónico que me despeje, Nela. Estoy sediento.

La miró preparar el combinado, y se pasó la mano por el rostro. Lentamente. Desde la frente a los labios.

—Suave y alimenticio, Nela. Estuve hablando con Ventura. Un hombre inteligente.

Se tumbó de lado en el diván, echando atrás la cabeza. Ella se sentó en el borde, presentando la copa.

Bebieron, y recogió ella la copa, dejándola en mesita cercana.

Al volver a sentarse, estaba aprisionada por la cintura. La cabeza de Doyle reposó un instante sobre su hombro.

—Por esta noche, acabó el trabajo. Tengo ya entre cejas, un negocio de muchos miles. Por la mañana, me daré un paseo... ¿no sabes a dónde?

—Estás mareado, Kit.

—De amor, pasión y euforia. Si acierto, que acertaré, voy a tapizar el suelo que pises con billetes de mil. Se acabaron los serpenteos en público. Contorsiones privadas para un marido ideal. Dame un beso fraternal, Nela.

Tras larga pausa, comentó Kit Doyle, cerrados los ojos:

—Después me cantas la nana. Pero ahora has de creermme, si te juro que trenzaré alfombra de miles bajo tus plantas.

Emitió Doyle un hipo y una risita, antes de añadir:

—Hautlenissei, la bayadera hindú, protege las urnas de los antepasados. De ámbar puro, y rota por la base... Vale miles. Fíjate si vale, que han muerto ya cuatro personas.

—Dijiste tres, Kit.

Olía a menta y canela. Menta de labios, canela de piel. Una mezcla que le recomendaría para su tabaco al viejo Wilcox.

—Déjame contar. Primer ámbar maléfico: Stela. Segundo: Bruno. Tercero: Bess. Cuarto: Amalfi...

—¿Amalfi?

—Falló el hombre al imaginarse que le dejarían vivir, pisándole yo los calcaños.

Canturreó Doyle:

—«Coro chirimbolo, que bonito es. Un besito y a dormir».

Susurró ella:

—¿Debo despertarte a qué hora?

—Ocho y cuarto, porque los técnicos en ámbar se despiertan pronto. Otro besito.

Kit Doyle se quedó totalmente quieto, respirando profundamente. Ella se levantó, cerró la luz, y se oyó un frufrú tras el biombo.

Ya no eran gasas, sino un albornoz y el cabello no estaba suelto, sino recogido en redecilla.

Volvía a ser encantadora, fraternal, y mientras presentaba la bandeja con el desayuno, sonrió con ojos cariñosos, exentos de toda seducción aparente en sus ademanes:

—Viniste algo mareado, Kit.

Kit Doyle, sentado al borde del diván, bebió la sal de frutas y el jugo de naranjas. Rio eufórico al dejar el vaso en la bandeja:

—He dormido unas horas plenamente, a fondo. Así podré asimilar enseñanzas tan áridas como son las referentes a piezas de ornamentación fúnebre. Museo de Totemismo, dónde están los técnicos en ámbares hindús, y de todas clases. ¿Quieres telefonar a la clínica Everton?

Buscó ella en el listín.

—Pregunta cómo sigue Amalfi.

Al cabo de unos instantes, colgaba ella el auricular. Miró con expresión asustada a Doyle.

—Ha muerto a las seis y veinte. Colapso.

—Perdido por un cesto, hago diez más. Me han endilgado responsabilidad en la muerte de Bess Gordon. Y ahora, me acusarán de homicidio involuntario.

—Yo fui testigo...

—Perdona. Estabas fuera, cuando aún se mantenía Amalfi en pie. Escucha, Nela. Para nada y a nadie cites el ámbar, hasta que yo no te pueda asegurar que no existe peligro. Volveré a media tarde. ¿Estarás aquí?

—Estaré, cariño.

Aquella dulzura justificaba una manifestación apasionada.

Al desprenderse, dijo ella:

—Te buscará la policía.

—Hace años que jugamos al escondite. Al final, hacemos las paces. Somos perros y gatos del mismo cubil.

—Puedes disponer del «Talbot».

—Sería comprometerte. Sobran taxis. Hasta luego, ricura.

Esperó ella, como una esposa enamorada, a que él entrase en un taxi, y apenas hubo ondeado la mano por última vez en visibilidad, cerró, corriendo al teléfono.

—... Urgente con Dustin Kramer. Comuníqueme que Kit Doyle va al Museo Tótem.

CAPÍTULO XIII

A las nueve, al coger la llave y entrar en la casa de los Farnum, Kit Doyle tenía dolor de cabeza.

Y mucho sueño. Pasar cinco horas fingiendo dormir, pero atento a cualquier rumor sospechoso, era agobiante.

Encontró un pijama de franela gris. Y unas zapatillas. El capitán Farnum tenía predilección por el gris.

Se durmió profundamente.

No oyó entrar a Joan Farnum. También solía vestir de gris, sobriamente, sin pintarse, la taquígrafa ayudante del teniente Wilcox.

A la media hora de haber regresado a su casa, Joan Farnum se miró con bastante vergüenza, en el espejo del cuarto de baño.

Los cabellos castaños sueltos sobre los hombros, le daban un aire equívoco, acentuado por el vestido que había comprado aquella mañana.

El teniente Wilcox consintió en emplear un taquígrafo masculino, reemplazando a la que telefoneó diciendo que necesitaba urgentemente disponer de veinticuatro horas.

Aquel vestido negro, acreditaba habilidad modistil. El cuello blanco en pronunciada «V», y el entallado a un solo lado de la falda, eran indecorosos, pensó Joan Farnum.

El zapato de alto tacón era finamente distinguido, en su corte liso. La media gris oscuro con tacón y costura negra era la predilecta de las damiselas que frecuentaba Kit.

Se examinó los párpados azuleados con abéñula, y las pestañas recargadas de rímel.

Y con la decisión de quien se zambulle en agua helada. Joan Farnum, abandonando el cuarto de baño, fue a descorrer el *gradulux*.

Kit Doyle bostezó, se incorporó, y frotándose los ojos, dijo:

—Vaya colchón más estupendo. Farnum.

La oyó sentarse en un sillón cercano, y añadió:

—Contigo sí que fraternal y...

Kit Doyle, dando un respingo, dilató los ojos.

Examinaba a la que, cruzada de piernas, sonreía con perversa complacencia, tal como las fotos de «Film-Fun».

—¡Hola, Kit!

Hasta la voz había mudado. Había gangosidad, deje de arrabal...

—¿Qué... qué demonios te pasa, Joan?

—En mi casa, me gusta ser mujer, y no Farnum. Tú solo me viste como me veía el teniente Wilcox. Pero en mi casa, y para acompañar a mis conocidos, visto como una mujer, y no como un trasto con bolígrafo y *blocks*. «Tome nota, Farnum». «Bastará por ahora, Farnum».

Torcía ella la boca imitando al teniente Wilcox.

Kit Doyle rio unos segundos. De pronto saltó de la cama. Y ella cerró los ojos, trémula, estremecida...

Se sintió levantada en vilo, y casi gimió asustada. Esperaba menos pasión. Chilló ofendidísima al notar en su rostro el frote de una esponja chorreante.

Y en pie, sé cubrió el rustro con las manos, porque el carmín, la abeñula y el rímel, habían mezclado sus gamas.

Le escocían los ojos, y se inclinó para que el chorro de agua del grifo le calmara el escozor.

A su lado, Kit Doyle anunció secamente:

—Eres libre de acompañar a tus conocidos disfrazada de Cleopatra, pero conmigo como con el viejo. Déjanos a los dos en la creencia de que eres una muchacha nacida para esposa de un hombre decente. Con que: «¡Hola, Kit!», ¿eh? Yo conocí a tu padre. ¿Ya no recuerdas lo que me dijo?

Lloraba ella por el picor del rímel, que tardaba en desaparecer.

—¿Qué me dijo el capitán Farnum, Joan?

Gesticulando e indignado, estaba guapísimo, pensó ella. El pijama le venía corto.

—Dijo que si usted volvía a llamarme «guapaza», le perseguiría a tiros hasta la frontera canadiense.

—No era eso a lo que íbamos. Me dijo que tú eras una mujercita casera. ¡Vaya con lo casera que estabas hace poco! Si te ve el teniente Wilcox, se traga la pipa del susto. Bueno, no es que estuvieras fea, ni mucho menos, pero no te corresponde vestir así. Ahueca, que voy a mudarme. Y necesito una ducha.

Joan Farnum pensó que el más listo de los hombres, era un ciego cándido. Cualquier mujer se habría dado cuenta del porqué ella se había transformado en vampiresa...

Anudándose la corbata, apareció Doyle. Se dirigió a la mesa.

—Caldo, y huele ricamente, Joan.

Sin pintura, pero suelto el cabello, y sin haberse Cambiado de indumentaria» dijo Joan Farnum:

—No he ido al despacho. No volveré hasta mañana a las once. Y

usted no puede prohibirme que en mi casa vaya yo como mejor me parezca.

Sorbido el caldo, Kit Doyle miró la fuente de salmón y legumbres bañándose en mayonesa.

Se sirvió, y dijo:

—Tú eres muy libre de tener tu vida particular, pero ni a Wilcox, ni a mí, nos gustan las chicas modernas.

—El teniente está que bufa. Un parte referente a Carl Amalfi, agredido por usted...

—Después te dictaré. Puedes tutearme, que total solo te llevo unos años. No me suponía yo que tuvieras conocidos que te llevan a bailar, al cine y a paseítos por el parque.

—A bailar tan solo. ¿Qué se figuraba usted?

—Pues que tendrías novio formal. No pueden ser formales los que te aceptan pintada como una mona. Claro, que la fachada no quiere decir nada; pero la mujer decente además de serlo, tiene que aparentarlo. ¡Caray! Te echo este sermón... y te ríes.

—Porque usted es el menos indicado para sermonear.

Fue ella a la cocina. Tenía seducción de mucha mejor ley que Nela Gregor, pensó Doyle. Antes de irse de Cleveland, le hablaría a Wilcox de aquel caso. La ayudante que en su casa y para acompañar conocidos, se convertía en una seductora preciosidad.

Porque sin pintar, que no le hacía falta, y vistiendo así, quedaba preciosa.

—Tarta de crema y café. Pero esto es un festín, Joan. Te sienta bien el vestido este. Y hazme caso. Sin pintarte, estás mucho más bonita.

Cuando terminaba su segunda taza, Kit Doyle, levantándose, volvió a su principal preocupación.

Paseó mientras dictaba:

—«Apenas llegué al Bar «Aventura», advertí que mi visita era esperada. Debía haber circulado mi descripción. Cuando apareció Nela Romana, la contorsionista, actuó con inteligencia en mi honor. De por sí emana seducción. La empleó en sutil red. Me dejé pescar. Se presentó Carl Amalfi, que era evidente dominaba unos grandes deseos de romperme el físico, Los dominé yo también, y pasé a declarar mi repentino amor sincero a Nela».

Kit Doyle, deteniéndose, comprobó que las cruzadas piernas de la taquígrafa eran un portento de estilización. Continuó paseando,

para poder concentrarse:

—«Excelente actriz. Muy mal actor Amalfi, cuya irrupción fue, teatralmente, una truculencia necia. He deducido, que le ordenaron amenazarme. Y ella, lanzando un tarro de carmín, tomó parte en el plan. Salió citándome su coche, que me esperaba. Y yo salí con truculenta escapada pública. Pero dejé a Amalfi simplemente sonado. Nela me elogió a Ventura, y despotricó de Garvin y Amalfi. Me ofreció refugio, si lo necesitaba. Y con su coche regresé al Bar “Aventura”».

Se ensimismó Doyle contemplando el inclinado busto de la taquígrafa, y comentó:

—Es curioso lo que cambia una mujer cuando se viste distinto. ¿Quién es tu actual novio?

—No me he decidido todavía. Tengo cuatro al retortero —aseguró ella recordando el estilo de *Baby Diamonds*, la última interrogada en el caso de las coristas escandalosas.

—Retortero, retortero... —refunfuñó Doyle—. Es formidable las sorpresas que al más pintado le dan las mujeres.

—A usted nada le puede sorprender.

—Tú sí... Tienes el cabello del color de la miel, y una tez de camelia que es un crimen tratases de cubrir con pinturas... íntimamente gozosa, dijo ella:

—Usted regresó al Bar «Aventura».

—Eso es.

Volvió el a resumir sus andanzas:

—«Gene Ventura se comportó como un capitán de barco, que no responde de las fechorías de sus tripulantes fuera de cubierta. Desempeño perfectamente su papel de hombre al que le dejan indiferente los pedazos de ámbar, porque sabía que Nela me sonsacaría. Porque Nela no es una vulgar hermosa. Saliendo de visitar a Gene, fui a la Clínica Everton. Y comprobé que Amalfi no estaba tal como yo lo dejé. Le habían aplicado tres culatazos en la frente. Una faena clara. Atribuirme a mí su muerte. Y así silenciarle, puesto que ya estaba descubierta su participación en alianza con Garvin, en las muertes de Stela y Bess. Bebí lo suficiente ante Ventura, para acreditar mi renombre. Y le confié a Nela mi seguridad en que el ámbar de Hautlenissei, por el que hablan muerto Stela, Bess, Bruno y Amalfi, me valdría montones de miles,

tan pronto consultase yo en el Museo Tótem, al que no fui. Esta tarde pondré al rojo vivo a Gene Ventura. Punto final».

Cerró ella la libreta, y Kit Doyle, recogiendo su sombrero, se lo encasquetó. Al colocarse la canadiense, volvió a mirar a Joan Farnum, que en pie adoptaba la pose de Rita Farek, otra de las interrogadas en su domicilio, profuso de rosas, negros y lilas.

Se ahuecaba el cabello ante el espejo, en alto los codos, y avanzando el busto.

Kit Doyle se pasó lentamente la mano por la frente, nariz y labios...

Dijo con cierta ronquera en la voz:

—Está endiabladamente bonita, Joan.

—Eso me dicen todos, fuera de las horas de servicio, Kit.

Miró Doyle los dos cuadros, representando a los autores de aquella filigrana recién descubierta.

Luego epilogó:

—Si me invitas a cenar, acepto.

—Queda usted invitado.

Hasta para decir aquello, resultaba una tentación su modo de sonreír, entornando los ojos.

Kit Doyle se cogió por la manga izquierda, conminándose:

—Fuera, jovencito. Mente clara y espíritu alerta.

Pero ya en el umbral se volvió, y Joan Farnum cerró los ojos, grandemente ilusionada. Se sintió defraudada.

—Toma nota, Joan. Me olvidé lo importante. Anota:

«—A las ocho y media, firmé pago para sábado mediodía, de una petición radiada. En la cadena de emisoras de Ohio, intercalada entre la crónica de sucesos. Es la clave del asunto».

Apenas hubo salido Doyle, se abalanzó ella a la radio. Faltaban minutos para la quinta emisión de sucesos.

Y oyó el intercalado:

«Noticia suplicada para los aficionados a tallas en ámbar de sepulcros hindús. Se ruega a quién esté dispuesto a adquirir una legítima reproducción de bayadera Hautlenissei, envíe ofertas urgentes a la siguiente dirección: «Box 153, Terminal Tour», donde serán recogidas y estudiadas por el poseedor de la valiosa talla de ámbar».

CAPÍTULO XIV

Al este de Cleveland, se yergue la Torre Terminal, cilíndrica, cuyos treinta y ocho pisos son ceñidos en ascendente pista de coches, que en la terraza final pueden aparcar para que sus ocupantes contemplen todo el panorama de las riberas del lago y la industriosa ciudad.

Esta Torre Terminal de cien metros de diámetro, contiene restaurantes, garajes, habitaciones para alquilar, almacenes, estaciones de radio y despachos diversos.

Constituye un centro económico de gran afluencia. En su base, los baños turcos, piscina y bares, son lugar de cita.

Kit Doyle pasó por el mostrador de pago en que, a cambio de un dólar, renovable cada veinticuatro horas, le fue entregada la llave número 153, solicitada telefónicamente a primera hora de la mañana.

Una vez utilizada, debía devolverla al encargado de cada hilera de cajas metálicas, con ranura para correspondencia.

Abrió, y fue recogiendo varios sobres. Devolvió la llave, y fue a sentarse en un banco entre los dos púlpitos desde los que un policía, que no regulaba ningún tráfico, ejercía su vigilancia sobre la densa oleada de idas y venidas.

Kit Doyle tiró al cesto de los papeles los folletos de propaganda ofreciendo antigüedades, libros raros, y toda clase de artículos ajenos al ámbar. Tiró también la invitación a visitar el Museo de Artes Antiguas, y un telegrama de la Secta Hindú, pidiéndole diera una conferencia en su sede. Releyó la carta sellada procedente de un anticuario, famoso en la ciudad por sus dictámenes periciales:

«Muy Sr. mío:

«Hemos oído su petición, y lamentamos desengañarle. La figura de ámbar de la bayadera Hautlenissei, que sirve de asidor de urnas funerarias en Pondichery y Malabar, colonias francesas en la India, carece de valor monetario. Siendo puro ámbar, su valor a lo sumo alcanza unos cincuenta dólares, si no está deteriorada. Hemos creído nuestro deber informarle en evitación de error, o para que presente usted la oportuna denuncia si le fue vendida por una persona desleal en su trato. Aprovechamos la ocasión, para ofrecerle nuestros servicios,

attmos. s. s.».

La guardó.

Le quedaba tan solo otro sobre, que rasgó leyendo con creciente satisfacción:

«Muy Sr. mío:

«Siendo experto en antigüedades, hace tiempo que un cliente me encargó la búsqueda de un Hautlenissei de ámbar puro, para completar su colección. Estaría dispuesto, cuanto antes posible, a tratar lealmente de su precio, anticipándole que el margen inicial que me fue autorizado asciende a ocho mil quinientos dólares. En la espera de su pronta visita, tengo el honor de saludarle cordialmente,

Alec Ralston».

El encabezamiento del papel decía:

«Alec RALSTON.

Experto joyero.

Lakewood, 554. Tienda 3.^a.

El interior de la tienda tercera del número 554, en Lakewood, era ultramoderno, con luces indirectas y tapices de espeso mullido. En larga vitrina del joyero, reposaban collares, brazaletes, y numerosos aderezos de artífices antigües.

Cuadros selectos en las paredes, y mobiliario escogido en sobria severidad confortable.

Un hombre de unos cuarenta años, plastrón y traje negro, apoyó las dos manos sobre una de las largas mesas y sonrió invitador.

Tenía cara de sacristán bien alimentado, pensó Doyle.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirle?

Colocó Doyle la carta sobre la mesa. La recogió el individuo, leyó rápidamente y dijo:

—Creo que, en efecto, hace algún tiempo nos visitó una señora con la petición de un Hautlenissei. Generalmente no nos dedicamos a antigüedades de ámbar, pero dicha señora es cliente importante le nuestra casa.

—¿Cómo se llama esa cliente?

—La recibió el señor Ralston.

—¿Puedo ver al señor Ralston?

—Está en su despacho. Supongo que le atenderá al instante.

Kit Doyle siguió al dependiente hasta una puerta, que al abrirla,

mostró un despacho. El dependiente se apartó para ceder paso, y entrando, oyó Doyle que cerraba la puerta.

El despacho estaba vacío.

—Yo soy Alec Ralston —dijo el que parecía dependiente.

Y sintió Doyle entre sus omoplatos la presión inconfundible de un revólver. Pero la voz de Ralston seguía siendo cortés, deferente...

—Tenga la bondad de avanzar unos pasos, Doyle.

El cañón se hundió algo más, y se enfocó guiado Doyle hacia una de las paredes.

A sus espaldas, el tono cortés indicó:

—Y ahora, Doyle, manténgase con las manos en alto contra la pared, separando los pies unos veinte centímetros aproximadamente...

Obedeció dócilmente Doyle. Una postura que permitía el rápido cacheo.

Y Alec Ralston extrajo su «Colt 38», guardándolo.

—Manténgase quieto al volverse.

Se volvió Doyle. Y vio al joyero distanciado.

Habían entrado Gene Ventura y César Chiesa, que vestía librea de chófer. Gene Ventura se sentaba en la esquina de una mesa. Mordisqueando un habano.

César Chiesa esgrimía un «Colt 38», alargado por un silenciador.

—Vuelva a sus menesteres. Alec —silabeó Ventura.

El joyero entregó el revólver arrebatado al visitante, y abandonó el despacho, contra cuya puerta, desde dentro, se respaldó Chiesa.

—Mayordomo, secretario personal, chófer, ¿y qué más? —inquirió Doyle.

—Tirador de primera clase —aseguró Ventura—. Vivo no valía usted mucho, pero muerto representa más del millón.

—No seamos cándidos, Gene. Si he venido aquí, era porque olía la trampa.

—Lo mismo diría la perdiz si pudiera hablar, cuando la llevan a la cazuela —dijo impasible el florentino.

César Chiesa rio tenuemente, brillantes los ojos.

—La perdiz acudió al reclamo, pero me valora usted en muy poco, Gene. Vivo valgo mucho. Un ejemplo práctico. Yo tengo el Hautlenissei.

Encogió los hombros Gene Ventura, cambiándose de comisura labial el habano.

—Un pedazo de ámbar que no vale ni un billete grande.

—Posible. Pero que ocasionó las muertes de Stela y Bess. Si dentro de diez minutos no salgo de aquí, tendrá usted a toda la

brigada de Wilcox a su servicio.

Gene Ventura denegó con la cabeza.

—Tengo su ficha, Doyle. Un vanidoso que en todas las investigaciones aguardó el momento final para dar el golpe, revelando el resultado de sus pesquisas. Y esta es su última investigación.

Era evidente que de un segundo a otro dispararía.

Kit Doyle miraba a Chiesa.

—Tengo fuera un ayudante, Gene.

—Me gusta oírle ensartar embustes. Desde que tocó la caja 153, hasta que ha llegado aquí, le ha seguido paso a paso César. Usted no habló con nadie, y vino directamente.

Aquel despacho interior, carecía de ventanas. Luz eléctrica.

Y dijo Ventura:

—No piense boterías, Doyle. Tiene la suficiente práctica para comprender cuando un solo movimiento es perjudicial para la salud. Usted ha cometido el grave error de imaginarse que estar en posesión del ámbar, era su salvoconducto. Ya no lo poesía Stela, y murió, sin embargo. Porque no era su posesión lo importante, sino saber quién lo tuvo primero.

Kit Doyle asintió, sin apartar la vista de la diestra de Chiesa.

—Lo sabía Stela, y lo supo después Bess Gordon. Por último, usted ya se ha dado cuenta que es el único que podría relacionar Hautlenissei conmigo y Ralston.

Mirando la mano de Chiesa, como fascinado, Kit Doyle, que mantenía las suyas ante el pecho, separadas y abiertas, conoció prácticamente una de las habilidades antiguas de Gene Ventura.

Lo que parecía un cinto con el que jugueteaba enrollándolo, era una correa con muelles unidos a una cuerda.

La correa rodeó los antebrazos de Doyle, hubo un tirón, y se encontró unidas las manos, atraído hacia adelante.

Simultáneamente al gesto rápido de Ventura, se abalanzó Chiesa, y la cuerda atrajo hacia adelante las manos de Doyle, en vuelta en torno a su cintura.

Tras él, César Chiesa apoyó el revólver en su nuca, mientras retenía el final de la cuerda en cinto apretado:

—Caminando —dijo Chiesa.

Gene Ventura abrió una puerta lateral.

Un garaje y almacén. Un «Packard» esperaba.

—Un paseo a las afueras, Kit —sonrió Ventura, Apartándose un poco.

La esperanza renació. Un camión podía...

Se tambaleó Kit Doyle, porque inesperadamente acababa de propinarle Ventura un derechazo en la carótida. Se restableció en pie, porque César Chiesa le ayudó con un izquierdazo al flanco.

Ventura tomó impulso para aplicar el doble gancho en el estómago, mientras Chiesa golpeaba con la culata tras la oreja.

Kit Doyle volvió a quedar de bruces entre el respaldo del asiento delantero y el asiento posterior.

Vio la manta amontonada en un rincón, a su lado. Descansaba él la cabeza sobre el asiento, contraído en violenta postura.

Y oyó la despedida del que permanecía en el garaje:

—Esta vez, sin retorno, Kit Doyle. ¡Caminando, César!

Le habían atado también los tobillos, mientras se recuperaba de los efectos de la brutal y breve paliza.

El «Packard» salió a la calle conducido por César Chiesa.

Esta vez sí que era un paseo sin retorno.

CAPÍTULO XV

El «Packard» solo recorrió unos trescientos metros. Estaba medio incorporado Doyle, cuando el coche frenó bruscamente.

Volvió Doyle a quedar de bruces contra el asiento.

Bajó Chiesa, abrió una puerta, y regresando antes de sentarse, aplicó un manotazo en la nuca del que intentaba de nuevo incorporarse.

El «Packard» entró en otro garaje. Se apeó Chiesa y cerró la puerta.

Al regresar, abriendo la portezuela, aclaró:

—Antes quisiste saber qué era yo además de secretario personal de Gene. Te vas a enterar. Este es el garaje particularísimo en que solo entramos él y yo. Hay un foso, y con cal viva no echarás tufo bajo las planchas.

Vio Doyle la sádica lentitud y complacencia con que César Chiesa alargaba el robusto brazo para asirle por la piel de la canadiense.

En la otra mano el «Colt» brillaba lúgubre...

Y de pronto la única luz se apagó.

Kit Doyle, cabeceando, adelantó los dos pies juntos, echando hacia atrás el torso.

Quería así evitar la primera rociada de plomo.

Oyó un cercano jadeo, un nuevo golpe hueco, y el desplome de un cuerpo. Con todas sus energías, se revolvió en las tinieblas, hasta que su boca rodeó la manija de apertura de la portezuela.

Resbaló sobre la espalda hasta el suelo, en sentido opuesto al que había caído César Chiesa.

Oyó una voz cercana, en susurro:

—Dustin Kramer, consejero legal de Leo Boldiski.

Siguió forcejeando, al ver un destello metálico acercarse a su estómago. Un cuchillo.

Cuya hoja fue segando la correa que le unía los antebrazos. Cuando restallaron, cediendo por la presión muscular con que ayudaba, adelantó Kit Doyle los brazos...

Oyó una suave risa... La silueta femenina se alejó.

Al tacto encontró Doyle la hoja acerada, con la que apresuradamente procedió a cortar la ligazón que trababa sus tobillos.

La luz brotó de nuevo, y al alzar la vista, vio tan solo la puerta a un lado, cerrándose.

Acabó de liberarse, y al ponerse en pie, recogido su sombrero, dio la vuelta al «Packard».

César Chiesa había recibido la ración certera.

Tenía que ser una mujer muy ágil y veloz la que consiguió apagar y a la vez asestar aquellos culatazos en pleno cráneo de Chiesa.

Y fuerte.

Porque el cráneo de Chiesa siendo recio, se había mellado. Sangraba aparatosamente.

Kit Doyle recogió correas y cuerda. Bastaban para afianzar las muñecas del chófer particular de Gene Ventura. Lo ató rápidamente, y cogiéndole por el colete de la librea, resopló contento, mientras lo colocaba en el lugar que poco antes ocupaba él mismo.

Empuñó con deleite el «colt» propiedad de Chiesa, y fue a abrir la puerta del garaje personal de Gene Ventura.

Ya cerraría otro, pensó mientras conducía por Bolten Impass hacia Jefferson. Había echado la manta sobre Chiesa, que tardaría bastante en volver en sí.

Aquel «Packard» se deslizaba como una seda. Pasó mentalmente lista a las mujeres que podían convertirse en su ángel de la Guarda.

No veía ninguna, apta para aquel cometido. Y, sin embargo, era una mujer la que le había evitado «no echar tufo» bajo unas planchas, entre cal viva en un foso del garaje particular de Gene Ventura.

Detuvo el coche, en la pista entre campos de golf al este de la ciudad. Un «Packard» bien provisto. Tenía su botiquín de urgencia para caso de accidentes.

Apartó la manta, y el agua oxigenada fue burbujeando en rojo, rosa y blanco sobre la brecha craneana de César Chiesa.

Introdujo gasas, que mantuvo en sitio con esparadrapo. Un rollo generoso de cinta adhesiva.

Ancho de veinte centímetros. Se adhería bien a la piel de los tobillos. Y a la parte inferior del rostro, sobre bigote y labios.

Cuando le quitase aquella mordaza, César Chiesa lamentaría dejarse el bigote. Le quedaría algo esclarecido.

Por ahora dormitaba, resoplando como una foca asmática, por las narices. Lo colocó en forma inamovible.

Sentado en el suelo con la espalda contra una portezuela. Rodillas en alto, introducidos los antebrazos entre las rodillas.

Unidas por el resto del esparadrapo, las manos y tobillos.

Tiró encima la manta. Un hombre que ya no molestaría hasta que no le desprendiesen los metros de esparadrapo.

Condujo hacia el club de gimnasia, baños y restaurante.

* * *

Jack Roberts abrió un ojo, y retrocediendo en el catre, se adosó al tabique. Cogió la pelota de tenis.

—Según los informes que me ha bramado el teniente Wilcox, he de telefonar apenas te vea, procurando mantenerte quieto. Por donde vas, muertas y tullidos dejan sus huellas, fenómeno. Esta mañana, tu última víctima se llamaba Carl Amalfi. Un pobre trabajador que quiso impedirte que violentaras a una contorsionista en su camerino, y tú le rompiste la frente. Me guardé de decirle al teniente que no solo te había visto, sino que además te serví de chófer para tu ida al Bar «Aventura». Me debes dos dólares y medio de taxi, fenómeno.

—Mañana podrás publicar que la cabra tira al monte.

—¿Qué cabra, aparte nosotros dos?

—Gene Ventura.

Interrumpió Roberts sus manipulaciones y silbó satisfecho, antes de asegurar:

—Le tengo ganas a Gene. Hace años que nadie le puede coger en fallo.

—Yo sí. Mañana tendrás la chispa escandalosa. Ahora, dime: ¿quién es Dustin Kramer?

Volvió a silbar el periodista.

Meditó unos instantes:

—Coge a un abogado más listo que el hambre, lo trituras con Al Capone redivivo, y obtiene un leve parecido con Dustin Kramer. Intachable, porque emplea su gran talento al servicio del misterioso dueño de la mayor parte de las atracciones nocturnas de Cleveland. Me refiero a Leo Boldiski, el viejo polaco invisible. A Dustin Kramer tal vez puedas hablarle. Pero si pretendes ver a Leo Boldiski, límpiase que estás de huevo. Aborrece toda publicidad, y sobre todo a los detectives particulares les tiene más hinchas que a los periodistas.

—O sea que en cualquier negocio turbio...

—Ni hablar. Boldiski, si colocara uno encima de otro los billetes de mil que atesora en su antro, que es fortaleza intomable, formaría una torre más alta que la Terminal. Le bastan las rentas de sus

numerosos negocios. No está virtualmente al frente de ninguno. Los hace supervisar por Kramer. Muchos clubs nocturnos son suyos, aunque figure como dueño cualquier otro relumbrón. Un consejo, fenómeno. Ni tú mismo podrías acusar de nada a Leo Boldiski, sin pruebas aplastantes. Y no te extravíes. De andar metido en negocios turbios Boldiski, han de ser de los que producen cientos de millones. Por ejemplo, una guerrita en Centro América, o una rebelión de cafeteros en el Brasil. Aquí en Cleveland, se contenta con amasar billetes a montones cada noche, en renta limpia de polvo y paja.

—Voy bien orientado, entonces. Te veré antes de mañana al mediodía. ¿Quieres hacerme un favor?

Redondeados los ojos, Jack Roberts dijo prudentemente:

—¿De qué se trata?

—Voy a coger un taxi. Préstame diez dólares.

Aliviado dijo Roberts, apuntando a su americana:

—Sírvete, sin abusar.

Cogió Doyle la cartera, extrajo un billete de diez, y expuso:

—Fuera está un «Packard». Pertenece a Gene Ventura.

—Se va a alegrar mucho el teniente Wilcox, cuando se entere que a tus nuevas actividades, unes la de robar coches.

—Tú tienes un garaje particular.

—Sí. Pero me tocarían seis meses en chirona por encubridor.

—Te solicitarán de Nueva York. Mañana podrás escribir que tomaste parte activa en desenmascarar a varios honestos negociantes. ¡El crimen del año! Cuatro muertos por culpa de un pedazo de ámbar.

—No me interesa el ámbar, ni ser el número cinco de la lista fatal.

—Llevas el «Packard» a tu garaje. Yo tengo prisa por ver a Kramer.

—¿Y qué hago con el coche?

—Lo descargas y después lo dejas en el aparcamiento frente al cruce Bolton-Jefferson.

—¿Qué he de descargar?

—Un paquete bien liado. Si yo no he recogido el «Packard» antes de las ocho, esta noche, entregas el paquete al teniente Wilcox. No me has visto. Te telefoneé, y no conocías el contenido del paquete, ni sabías de qué iba. Me esperabas.

—He corrido siempre graves riesgos contigo, pero esta vez me parece que me echan de Cleveland, rumbo a Sing-Sing.

—¡Rumbo a la gloria! Las chispas desbordarán del periódico.

Infestarás páginas y páginas con el asunto de Hautlenissei, la figura funeraria, que mataba... ¿Dónde localizo a Dustin Kramer?

Miró Roberts su reloj.

—A esta hora, en la agencia artística que surte numerosos clubs. De cinco a seis, si no está en «Inter Arts», toma su té en el «Storky». ¿El paquete es para pompas fúnebres?

—Vive y será testigo importante.

Suspiró Roberts que, aleteando en aplastamientos de la pelota de goma bajo el sobaco, comentó:

—Tenue es la sutil gasa que separa la cumbre genial del inicio de la locura estrepitosa. Impetro a Minerva para que nos mantenga a los dos en el justo equilibrio colindante entre los abismos. No quisiera que se confirmase la docta máxima confuciana que axiomáticamente asegura un amanecer excrementado al que con infantes pernocta.

Pero Kit Doyle ya estaba acomodado en un taxi.



—Fíjate si vale, que han muerto ya cuatro personas...

CAPÍTULO XVI

En la agencia «Inter Arts», informaron que Dustin Kramer acababa de marcharse.

En el «Storky» informaron que le pasaban la comunicación al señor Kramer.

Una voz parsimoniosa especificó:

—... Kramer al habla.

—... Ignoro si mi fama ha llegado a sus selectos oídos, Kramer. Me llamo Kit Doyle.

—... ¿Qué tal, Doyle?

—... Voy sobreviviendo pese a todo. ¿Puedo verle?

—... ¿Para qué?

—... Creo que es importantísimo para su jefe principal que me conceda una entrevista.

—... Eso se imaginan muchos. Siento defraudarle, pero mi jefe único no recibe a nadie.

—... A mí sí, Kramer. Puedo quitarle arenilla a una de las ruedecitas de la colosal maquinaria bien engrasada. Ya sabe lo que pasa con las grandes máquinas. Pueden chirriar por culpa de una arenilla.

—... Consultaré.

—... Urge, Kramer.

—... Consultaré. Espere en el quiosco húngaro de Maynard. Conduzco un Rolls gris plata.

—... También es gris mi canadiense.

—... Le conozco de vista, Doyle. Hasta ahora.

Diez minutos después, un Rolls-Royce gris, tapizado en color marfil, se detuvo ante el quiosco húngaro.

Conducía un hombre de recias espaldas, grueso cuello, largo rostro pensativo, barbilla saliente y ojos chispeantes de astucia inteligente.

—Buen tiempo para pasear en una carroza como esa —dijo Doyle, sentándose junto al volante.

—Un tiempo excelente. Boldiski consiente en recibirle —dijo Kramer conduciendo.

—¿Cómo he merecido el alto honor de ser recibido?

—Debe tener de usted excelentes referencias.

Contorneó el Rolls el barrio húngaro, penetrando en la pista que

atravesaba el sector polaco. Se detuvo ante un edificio de modesta apariencia.

—Hemos llegado. Sígame, Doyle.

Seis pisos. Un arco metálico en la puerta de entrada decía:

«Hotel Boldiski»

Entre dos ascensores, en el vestíbulo, había un mostrador de recepción, y centralita telefónica.

Tanto el conserje, como el telefonista y los ascensoristas, tenían la alerta ojeada de un policía, y la musculatura de un *catcher*.

El ascensor subió hasta el último piso. Abrió sobre un rellano desnudo de mobiliario, salvó un sillón en que estaba instalado un coloso.

Apenas asomó Doyle, el coloso efectuó dos gestos rápidos: levantarse y, aproximándose, examinarle de pies a cabeza.

Dustin Kramer hizo un gesto apaciguador y dijo:

—Aguarde un instante, Doyle. Aproveche para entregar su artillería a Zbavo.

Kramer abrió una puerta y desapareció.

Kit Doyle tendió por el cañón el «Colt 38» de Chiesa.

—¿Es usted la señorita de la guardarropía, Zbavo?

—¡Je, je! —silabeó seriamente el polaco, guardando el revólver.

—Deme un número al menos para la recogida, Zba.

—Tengo memoria.

—¿Cuándo me devolverá el cacharro?

—Cuando salga usted.

Zbavo lo dijo en un tono que parecía insinuar que no estaba muy seguro que el visitante saliera indemne.

Asomó Kramer:

—Por aquí, Doyle.

Al entrar, comprobó Doyle que la puerta que volvía a cerrar Kramer, era de acero, con un pesado barrote de cierre.

Un largo corredor oscuro atravesaba habitaciones abiertas, deshabitadas.

—El sexto piso es enteramente de Boldiski —aclaró Kramer.

—¿Y los otros cinco?

—Personal, viajeros, contables... Nómina más o menos fija.

Un amplio vestíbulo, en el que dos individuos jugaban al ajedrez.

—¿Visitas? —ironizó Doyle.

—Personal de máxima confianza.

Abrió Kramer una puerta, también de acero. Una habitación

enorme, de paredes recubiertas por estantes, clasificadores, archivos, anuarios, listines telefónicos, carpetas hinchadas...

Un gran cofre fuerte cerrado.

Al fondo de la estancia, tras una mesa recubierta de papeles, y con varios dictáfonos y teléfonos, había un hombre sentado.

Parecía una tortuga momificada. Nariz ganchuda, mejillas apergaminadas, y pesados párpados sobre ojillos azules penetrantes.

No llevaba americana. Ni cuello en la camisa, que se cerraba con tres gruesos diamantes.

Completamente calvo, Leo Boldiski tenía en su despacho, cuatro radiadores desparramando calor.

—Este es Kit Doyle, Leo —dijo Kramer.

—Siéntate, Dustin. Y usted también.

Una voz gravemente sonora, de bajo.

—O sea que ya conoce usted a mi consejero, Doyle.

—Hemos venido juntos, pero todavía no le conozco.

—Usted es detective particular. Entrometidos chismosos todos ellos. Debiste decirle que no me gustan los detectives, Dustin —se quejó Boldiski.

—A mí tampoco me gustan los multimillonarios —sonrió Doyle—. Por pura envidia.

Dustin Kramer, cruzado de brazos, parecía pensar en otras cosas. Pero era consultado por la mirada penetrante del viejo polaco.

—Concrete, Doyle —solicitó Kramer.

—Si yo fuese el Creso de las Mil y Una noches de Cleveland, no consentiría que me engañasen, Boldiski.

—Haría bien. Pero usted no es más que un chismoso entrometido.

—De acuerdo, Leo. Pero si uno de sus gerentes, organiza un chanchullo espantoso, después habrá malas lenguas que echarán babas sobre su fama de financiero.

Leo Boldiski pareció aprobar en pesado parpadeo Y Kramer comentó:

—Vale más de lo que aparenta. Leo. Parece un muchacho impertinente, pero vale. Se dio cuenta.

—Algo tarde, pero me di cuenta a tiempo antes de que les diera resultado un tercer paseo. El primero me lo dio Bruno Garvin, y me salvé por un pelo de camión. El segundo, me lo daba César Chiesa, y me salvé por un cabello femenino. Concretando: me di cuenta que por su propia iniciativa Gene Ventura había hecho un gran

chanchullo. No sé cuál, pero al verme sobre la pista, perdió el control, y empezó a dar órdenes de matanza general de cuantos podían relacionarle con una figurilla de ámbar, que he escondido en la crin de mi «Lincoln», asiento posterior, esquinado, donde solo yo la encontraré. «Lincoln» precintado por la policía. La figura de ámbar pasó de manos de Stela a Bess, y esta arañó el sitio en que la había escondido.

—Interesante historieta. ¿En qué me ataño? —inquirió Boldiski.

—Pueden suponer que Ventura armó el chanchullo a sabiendas tuyas, Leo. Usted demostraría que no, pero siempre son molestias.

—El chico vela por tu buena fama, Leo —dijo seriamente Kramer.

Rio Doyle.

—Por mí, que le inunden de impropiedades me tiene sin cuidado, Leo. Pero puedo conseguir demostrar que yo no maté ni siquiera a Carl Amalfi, aunque le soplé un par de culatazos en el estómago, en justa deuda. Y de carambola, persistirá lo que es sabido. Que usted no interviene ya en chanchullos de un mísero millón.

—¿Por qué esta cantidad? —inquirió Kramer.

—Así me valoró muerto Gene Ventura. Dijo que vivo no valía yo mucho. Podemos demostrarle que sí.

—¿Podemos, quiénes?

—Usted y yo, Kramer. Convóquele a que le explique porqué Amalfi organizó una comedia de truculencia anoche. Del resto me encargo yo.

Leo Boldiski tendió un dedo pecosito hacia un teléfono. Kramer marcó unos números.

—Hay joyas de por medio —añadió Doyle—. Adquiridas misteriosamente. Yo le haré explicarse a Ventura, con su asistencia legal, Kramer.

Dustin Kramer asintió, a la vez que decía:

—... Kramer al habla. El dueño, al instante.

Tapó la boquilla y explicó:

—Tienes demasiados enemigos, Leo, y el chanchullo de Ventura, interesa ponerlo bien en claro.

Parpadeó el polaco, y apartando la mano, dijo Kramer:

—... Garvin y Amalfi han muerto en circunstancias que conviene aclarar, Ventura. He recogido su «Packard» con el cadáver de César Chiesa. Le espero en mi despacho del hotel.

Colgó Kramer, y dijo Doyle asombrado:

—Yo no le he hablado del «Packard», ni que estaba muerto Chiesa...

—Pero si figura como muerto, podrá mentir mejor Ventura. En cuanto al «Packard» y lo que sucedió, no es milagroso. Hace algún tiempo que determinados manejos de Ventura no me gustaban. Hice contratar a Nela Gregor para que observara de cerca a la pandilla de Ventura. Al morir Stela Todd y Bess Gordon, Gene Ventura sobornó a Nela, por considerarla la mujer más bonita e inteligente de su personal.

—Doy fe.

—La escogí yo. Ventura le dijo ayer tarde a Nela que de un momento a otro un detective entrometido llamado Kit Doyle visitaría el local. Ella tenía que seducirlo y sonsacarle.

—Me sedujo de lleno, pero me sonsacó solo lo que quise.

—Lo discutís en tu despacho, Dustin. Adiós, Doyle.

—Abur, Leo.

Llegaba el detective a la puerta, cuando se detuvo como si un rayo acabara de caerle ante los pies.

La voz grave, de bajo, decía:

—Un cheque por veinticinco mil, Dustin. Este chico es sincero, listo y, salvo morir joven, hará carrera.

Volviéndose Kit Doyle se quitó el sombrero, en saludo amplio.

—Gracias, Mecnas. Con veinticinco mil dólares, puedo instalar una granja en el sur de California, lejos de nieblas. ¿Por qué tan generoso conmigo, Leo?

Leo Boldiski rio, pero su diestra ondeó como apartando una mosca.

—A ordeñar, granjero Doyle.

Kit Doyle lanzó un beso en dirección al polaco arrugado y calvo.

Fuera, cogió por el codo al abogado Kramer:

—Oiga, no sabía que fuera tan espléndido su jefe.

—No lo es. Pero su primer dinero lo hizo como detective privado en Londres. Dicen que era insolente, descarado y listo. Como usted. Pasemos a mi despacho. Piso primero. Usted, en la habitación contigua, hasta que le cite.

CAPÍTULO XVII

Gene Ventura se instaló en el sillón que le señalaba Kramer.

—En dos días, demasiado movimiento, Ventura. Y un detective importunando con historias. He tenido que amenazarle con expulsarlo de la ciudad. Vino con su «Packard», y el cadáver de Chiesa. ¿Qué es todo esto?

—Garvin, Amalfi y Chiesa formaron un terceto, sin que yo tuviera noción. Parece ser que le robaron unas joyas a Stela Todd, y se enteró Bess Gordon. Seguía la pista Doyle, y le advertí que lo pusiera en manos de la policía. Se enfadó Chiesa y se llevó a Doyle. Tengo por costumbre dejar que sus asuntos privados los resuelvan los demás, mientras no perjudiquen al establecimiento.

—En cierta ocasión le advertí que a Boldiski le disgustan los embustes.

Gene Ventura se irguió ofendido.

—Cuanto haya podido contarle Doyle es propio de su renombre. No me extrañaría que hasta pretendiera un chantaje contra Boldiski.

—Procuraré evitar tal contingencia. ¿Le encomendó usted algún trabajo fuera de tablas a Nela Gregor?

—Sí. Que se ganase la confianza de Doyle.

—¿Cómo?

—Fingiendo ayudarle en contra de Amalfi, al que incité a echar fuera a Doyle.

—¿Con qué propósito?

—Para averiguar qué se traían entre cejas Garvin, Amalfi y Chiesa.

—Tres muertos que ya no pueden atestiguar. Atestigüe, Kit.

Gene Ventura se llevó rápidamente la diestra al sobaco. Pero cuando estaba medio incorporado, Kit Doyle le había ya colocado un directo en la garganta.

Se encogió Ventura, y Doyle le retorció el brazo derecho tras la espalda.

Empleó la diestra en derechazo bajo la barbilla, y Gene Ventura se irguió, para volver a quedar sentado, medio *groggy*.

—Señores, señores... —reprochó sonriente Kramer—. No puedo tolerar violencias en mi despacho.

Sacudiendo la cabeza, Gene Ventura recuperó la plena noción.

Vio que su pistola, entregada por Doyle al abogado, la guardaba este en un cajón. Y vio a su lado a Doyle, en postura que no dejaba lugar a dudas.

Dustin Kramer habló sentenciosamente:

—El señor Boldiski, que posee las tres cuartas partes de la propiedad del inmueble y establecimiento conocido por «Bar Aventura», tiene también excelentes motivos para creer que se ha dedicado usted a actividades incompatibles con la administración de los intereses antes citados. Actividades que podrían provocar serias dificultades legales.

—¿Qué quiere usted decir, Kramer? —inquirió Ventura.

—Quiere decir que has inducido a Amalfi a matar a Stela y Bess Gordon. Que indujiste a Chiesa a pegarle tres culatazos en la frente a Amalfi. Que indujiste a Garvin y a Chiesa a liquidarme. Que con la complicidad de Alec Ralston has estado «lavando» por bajo el mostrador, una serie de piedras preciosas...

Ventura miró a Kramer, que dijo:

—El señor Boldiski le ha tachado de la nómina, Ventura. Ha roto definitivamente toda asociación.

Gene Ventura se pasó el índice por entre el cuello y la piel. Dijo:

—Persisto en afirmar que fue entre Garvin, Amalfi y Chiesa.

—César dice que no, Gene. Le interrogué a modo, y se puso blandísimo.

—En mi presencia —afirmó Kramer.

Gene Ventura, respirando entrecortadamente, dijo:

—Chiesa intentará culparme, como es lógico...

—Me temo, Ventura, que salvo una leve transigencia por mi parte y velando por el renombre del señor Boldiski, si persiste en mentir, pagaremos al mejor fiscal privado de la ciudad, para que le consiga tres penas de muerte.

—Con una bastará.

Apuntó Ventura con el pulgar hacia Doyle. Dijo Kramer:

—He extendido un cheque por veinticinco mil dólares a favor de Kit Doyle. Acepta abandonar toda pesquisa, y permitir que usted y Chiesa abandonen el Estado. A condición de que usted verbalmente me exponga el chanchullo, que luego escribirá y firmará. Una precaución para el futuro. Mutua. No me interesa que sea usted procesado. Explíqueme el chanchullo, y todos saldremos ganando.

—Yo ya he cobrado, Gene. Procura tú aprovecharte.

Gene Ventura deshizo el nudo mariposa, extrajo su tabaquera y encendió un habano. Mordisqueándolo, expuso:

—Alec Ralston vino a contarme que una clienta suya tenía la

caprichosa manía de guardar todas sus joyas en una urna, rematada por una figura de ámbar hindú. Solo en piedras preciosas, sin contar la montura, había por un millón, que Ralston podría ir colocando a sus clientes con nuevas monturas. Encomendé a Chiesa que recogiera la urna.

—¿Pidiéndosela por favor a la dueña?

—El imbécil, al verse sorprendido por Myriam Hazerell, la golpeó con la propia urna cerrada. Rompió la estatua hindú que era el asidero.

—Y la cabeza de la solitaria señora Hazerell —opinó Doyle—. Todavía sigue la policía indagando quién la mató.

—Sigue siendo un secreto entre nosotros, señores —dijo afablemente Kramer.

—Chiesa trajo la urna, y dejó la figura hindú en el coche. Me entregó la urna, y le pedí el resto de la pieza. Fue al coche, y encontró a faltar la figurilla. Hizo averiguaciones y supo que Stela Todd, algo embriagada, saliendo del local, al que había ido con amistades, entró en el «Packard» por confusión. Vio el ámbar y lo recogió.

Mordió nerviosamente su habano apagado y prosiguió:

—Encomendé a Garvin que gestionara la adquisición del ámbar. Pero Stela Todd, al despertar, vio que la figurilla que guardaba en su bolso, tenía huellas de sangre en la rota base. Cuando Garvin fue a visitarla dijo ella que no se desprendería de Hautlenissei, a menos que le pagasen diez mil dólares. Dijo Garvin que lo pensaría, consultando a su socio. Y cuando Amalfi se presentó, ella pidió veinte mil. Por la noche, Garvin la vio hablando con este.

El pulgar de Ventura apuntó a Doyle.

—Y planeaste cargarme el mochuelo. Amalfi, telefoneando que traía los veinte mil, mientras Garvin estaba conmigo. Pero no encontró el ámbar.

—Stela se lo había entregado a Bess Gordon, sin explicarle nada. Para que se lo guardase, por si le sucedía algo. Al visitarla este...

—Garvin me lleva a dar un paseo, y mientras Amalfi se carga a Bess. ¿Quién les dio la llave?

—Bess Gordon era muy amiga de Alec Ralston, que fue el que facilitó la llave a Garvin y Amalfi. Estaba Bess vigilada por su amistad con Stela. Y Ralston estaba citado con Bess ayer tarde, a las cinco. Volvió con ella, y la mató al darse cuenta que Bess sospechaba de mí, pero no había dicho nada todavía a este.

—Y ya entonces no tenía ningún valor la figurilla —completó Doyle.

—Usted había prometido dedicarse tan solo a regentar el Bar «Aventura», porque necesitaba yo un individuo de sus capacidades, Ventura.

—Me tentó Ralston.

Dustin Kramer bajó la mano, y dijo:

—¿Algo más, Doyle?

—¿Quién aporreó en la frente a Amalfi?

—Chiesa. Es de mi confianza. Y muertos Garvin y Amalfi...

—Ya basta —dijo Kramer apretando un botón—. No es necesario consumir más cinta magnetofónica. Reaccionó tal como me dijo, Doyle. Pensando que solo hablando, y firmando ante nosotros dos, podría someternos al señor Boldiski y a mí, desde lejos, a chantaje. Puede llevárselo al teniente Wilcox... Señores, señores, no puedo tolerar violencias en mi despacho —terminó Kramer sonriente.

Pero Doyle tenía que desquitarse, y lo hizo con creces.

* * *

Barry Wilcox encendió su pipa cuando la cinta magnetofónica se calló. Hizo una seña, y entre Sheridan y Hamilton, se llevaron a Gene Ventura. Que ocuparía celda intermedia entre César Chiesa y Alec Ralston.

—Ocho y media de la noche del viernes, mi teniente —rio Doyle—. Copo completo. Y de propina, aclarada la muerte de la señora Hazerell.

—Y ha sido tu último caso, pollo. Sobornaste a Farnum.

—Todo lo contrario. No sea usted tan suspicaz. Por si me sucedía algo, le dejé a la bayadera en mi coche, y resumen taquigráfico a su ayudanta. Oiga, a propósito de Joan... ¿Ha ido alguna vez a comer en su casa?

—Varias. Guisa espléndidamente.

—Guisa gloriosamente. Pero, ¿cómo le consintió vestir así... tan suculentemente?

Barry Wilcoxladeó la cara, frunció las revueltas cejas, y deslizó una mirada conteniendo infinita cazurrería:

—Esta mañana dedicó Farnum dos horas a probar juegos interiores de color negro con encajes, vestido ídem, sin encajes, «deshabillés» a lo «Frenchy-uh-la-lá», y caja de maquillaje. Compró también café de Puerto Rico.

—Oiga, el café que me despepita.

—También sabe que los interiores con encajes negros, y los «uh-la-la» te despepitan. Pero como Farnum solo se casará con un

hombre sólido, con fundamentos firmes, yo mismo voy a acompañarte a la estación que elijas. ¿Barco al Canadá? ¿Tren para California?

—Soy un hombre sólido, con un firme fundamento. Una granja en California.

—Pues a ello, pollo. Te conduciré yo mismo a la estación. Cobras el cheque en un Banco por transferencia.

Tendió Doyle el cheque.

—Lo cobra usted, viejo. No hay granja, si no me llevo a Joan. Y si Joan no hace de mí un esposo de primera clase, queda usted autorizado a cumplir la promesa del capitán Farnum. Perseguir a tiros...

Barry Wilcox tendió la diestra en zarpazo, cogiendo por el codo a Doyle.

—Mañana, a las once y cuarenta, ante el juez Mulliner. Yo de testigo, y si hay quejas, y Farnum quiere devolver el material por inservible, te romperé la cresta, pollo.

Ambos miraron a la que entraba. Barry Wilcox arrugó el copioso entrecejo. Kit Doyle dijo:

—¡Hola, guapaza! Gracias por cascarle la cabeza a Chiesa.

Nela Gregor estaba preciosa, infinitamente seductora.

Kit Doyle volvió a mirar con cariño a Wilcox:

—De acuerdo, viejo. Mañana, a las once y cuarenta, sin falta. Adiós, ricura.

Nela Gregor permaneció sorprendida y defraudada. Barry Wilcox se frotó las manos vigorosamente.

Los «uh-la-la» llevados por Farnum, habían barrido todas las guapazas y ricuras.

EPÍLOGO

Joan Farnum sin pintar, pero suelto el cabello, fue a revisar si el cuello blanco en vértice pronunciado, quedaba bien equidistante. Alisó su falda, y taconeando fue a abrir:

—¡Hola, Kit! —dijo gangosamente.

—¡Hola, Joan! ¿Qué hay para cenar?

—Me ha telefonado el teniente. Dice que ha sido tu último caso. Pero que mañana, sin falta, a las once cuarenta, vaya donde tú me digas.

—Ya me tuteas...

—De noche, a media luz, yo soy así —dijo ella en contoneo imitando a Marilyn Monroe.

Kit Doyle rio regocijado. Farnum era muy mala actriz.

Se abalanzó y ella, retrocediendo, dijo temerosa:

—No llevo pintura, Kit...

Era verdad. Lo comprobó Kit Doyle.

F I N

¡UN ARGUMENTO TENSO Y APASIONANTE,
QUE LE ELECTRIZARA LOS NERVIOS, OPRI-
MIENDOLE DE ANGUSTIA EL CORAZON!



GANGSTERS EN NUEVA YORK

Jamás volverá usted a
ver, reunidas en un só-
lo volumen, tanta in-
triga, acción y dina-
mismo como en

GANGSTERS EN NUEVA YORK

Título de una sensacional novela, última escrita por
el popularísimo

ALAR BENET

que le ofrece, amigo lector, las más insospechadas
emociones en

GANGSTERS EN NUEVA YORK

¡Una gran novela que no olvidará nunca, porque es
una de las mejores publicadas por la famosa

COLECCION SERVICIO SECRETO

y que podrá usted adquirir dentro de siete días!

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

327. — Joe Sheridan
CAMPEONES DEL REVOLVER

COLECCION "BUFALO"

84. — Keith Luger
NIDO DE RATAS

COLECCION "PANTERA"

21. — Tony M. Tower
TEMPESTAD EN ORIENTE

COL. "SERVICIO SECRETO"

251. — Vio Peterson
BAR AVENTURA

COLECCION "LAUREL"

39. — RODOLFO A. NERVO

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

20. — PARA SER ESCRITOR

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

446. — Orlando Garela
SUBLIME AMBICIOSA

COLEC. "MADREPERLA"

342. — Matilde Redón
SANDRA, LA HEBREA

COLECCION "ROSAURA"

286. — María Carmen Rey
MURALLAS DE SILENCIO

COLECCION "AMAPOLA"

172. — Víctor Sanmartín
LA CRUEL MENTIRA

COLECCION "ALONDRA"

125. — María Teresa Sesé
MAÑANAS DE SOL

COLECCION "CAMELIA"

66. — Luis Masota
SOY TU ENEMIGO

COLECCION "ORQUIDEA"

36. — Corín Tellado
CORAZON INDOMITO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

*¿Acaso usted ignora, amigo lector
que para ser escritor hace falta
algo más que simple vocación?*

PARA SER ESCRITOR

*Tal es el título
de un utilísimo
volumen, merced
a cuyo contenido
conocerá usted las cualidades esen-
ciales que debe reunir un buen escritor:
interés y originalidad, el vigor de las
imágenes, cómo crearse un estilo pro-
pio, desarrollo de los temas, formas li-
terarias desaconsejables, etc., sin lo cual
no es posible llegar a triunfar en la mo-
derna literatura*



PARA SER ESCRITOR

No deje de adquirir este libro, que apa-
recerá esta misma semana en la presti-
giosa

COLECCION PRACTICA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



COLECCION DAN
Serie BISONTE GRAFICO

*¡Las mejores y más
apasionantes aventuras
del Oeste, en magnífi-
cas ilustraciones reali-
zadas por los mejores
dibujantes del mundo!*

Cada cuaderno — de aparición quincenal — contiene:

- * UNA EMOCIONANTE AVENTURA LARGA COMPLETA.
- * UN EPISODIO DE LA DINAMICA SERIE: "EL JUSTICIERO ERRANTE".
- * Y LA INTERESANTE SECCION CULTURAL: "A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA".

¡Un auténtico alarde de acción, dinamismo, intriga y amor jamás igualado!

BISONTE GRAFICO

¡Adquiera esta misma semana el número 7 de la colección!

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS

DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SOLI-
CITELO A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 BARCELONA



ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

La nueva y moderna colección, que selecciona entre sus volúmenes las materias de cuyo conocimiento depende la conservación de la vida, le ofrece a usted sus tres primeros títulos, publicados recientemente:

¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

Una insospechada revelación, a través de un documentado estudio sobre esta grave enfermedad, con los más modernos métodos para curarla, además de otros muchos artículos, todos de apasionante interés

NI GORDOS NI FLACOS

Los medios más eficaces para adelgazar o engordar sin peligro alguno; influencia de la electricidad en la salud; la gimnasia: tiempo y modo de efectuarla, etc.

CUIDE SU INTESTINO

Para conocer las funciones del más importante elemento del equilibrio orgánico; hemorragias y modo de curarlas; la timidez; cómo vencerla y superarla, etc.

¡Tres libros absolutamente indispensables para usted, que le ofrece con caracteres de verdadero acontecimiento

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

**DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS Y
LIBRERIAS**

LLUVIA DE ESTRELLAS



Errol Flynn

N.º 61 Nació en Tasmania, el 20 de junio de 1909. Después de una vida aventurera pasó a Hollywood. Con su primera película "El capitán Blood" da comienzo a una carrera fulgurante. "El caballero de Balantray" es una película más reciente.

Foto WARNER BROSS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Cleveland, la ciudad más industrial de Ohio, tiene un porcentaje elevado de eslavos, italianos, polacos y húngaros. Posee un "Teatro de las Naciones", que dedica, cada noche, un programa a una de las treinta razas que pueblan la ciudad.